

Eduardo Latorre

Trayectoria de un Forjador del INTEC



Universidad INTEC. Santa Domingo, Octubre 2003

Instituto Tecnológico de Santo Domingo
intec

Eduardo Latorre
Trayectoria de un Forjador del INTEC

Santo Domingo, Octubre 2003

“El INTEC simboliza un acto de fé en la generosidad de espíritu y la capacidad creadora de los dominicanos”

- Eduardo Latorre -





Presentación

En momentos en que la educación superior transita por los anchos senderos de la internacionalización, en momentos en que los organismos gubernamentales competentes y sus respectivas instituciones de educación superior aúnan esfuerzos para cualificar este nivel educativo, pareciera pertinente evocar la vida y la obra del Dr. Eduardo Latorre a quien no solo debemos visualizar como un forjador de INTEC, sino como un compromisario del fortalecimiento del sistema educativo dominicano.

En una época tan temprana como enero de 1980, compartió con otros destacados dominicanos la responsabilidad de presentar al Señor Presidente de la República de ese entonces, el “Informe sobre la Educación Superior Dominicana”. Documento que sirvió de fundamento al proceso de institucionalización de nuestras universidades. Una de cuyas consecuencias más ostensibles fue la creación del Consejo Nacional de Educación Superior.

Su clara visión de lo que significaba el reto de sostener un sistema educativo cuya vitalidad trascendiera las políticas y planes individuales de las instituciones y sustituyera el sentido competitivo por un sentido cooperativo, lo involucró, junto a otros rectores, en la creación de lo que hoy conocemos como Asociación Dominicana de Rectores de Universidades (ADRU).

Es un timbre de orgullo para la comunidad académica de INTEC, recordar que toda esta labor la hizo desde esta universidad como laboratorio de sus experiencias y como plataforma de realización de sus loables aspiraciones, convirtiéndonos, por obra y gracia de su generosidad, en parte de sus logros. Por este gran legado el Dr. Latorre permanece entre nosotros. Las personas como él nunca se ausentan. Este homenaje, por tanto, se repetirá cada vez que evoquemos y emulemos las cualidades y valores que marcaron su vida y su obra.

Las presentes y futuras generaciones merecen que, por diferentes vías, rescatemos de nuestra frágil memoria el legado inspirador de este generoso ciudadano de la “aldea global”, que supo trascender los avatares de la cotidianidad, otear las oportunidades y vencer las adversidades a favor de una sociedad capaz de medir su éxito en función del desarrollo humano.

Hacer un homenaje a un personaje de esta dimensión será siempre una labor inconclusa. Hoy, rindiendo culto a su sencillez, a su sentido de austeridad, a su espíritu visionario, a su fe en el potencial de las personas, hemos iniciado la riesgosa aventura de poner la primera piedra al espacio espiritual que Eduardo Latorre deberá ocupar en esta comunidad, como símbolo de incommensurable y perenne gratitud.

“Trayectoria de un Forjador de INTEC”, es un testimonio de quienes quisieron plasmar, de diversas maneras, su afecto, respeto, admiración y lealtad a Eduardo Latorre, para quien el “INTEC simboliza el espíritu de generosidad y la capacidad creadora de los dominicanos”.

Altagracia López

Rectora

Instituto Tecnológico de Santo Domingo



Semblanza

Eduardo Latorre

El 12 de diciembre de 1941 y la ciudad de Santo Domingo fueron la fecha y el lugar de su nacimiento. A partir de este momento Doña Norma Rodríguez y Don Manuel Latorre cuidan los pasos de su único hijo Eduardo, en una pequeña ciudad cuya vitalidad reside en su solidaria manera de compartir, a través del tranquilizador vecindario, los olores de la cotidianidad, las penas y los logros de sus habitantes.

El comprometedor momento histórico que sirvió de marco a su niñez y juventud, parecieron avivar su sensibilidad social y canalizarla a través de un profundo sentido de la responsabilidad.

En la bitácora familiar quedan reseñados los rasgos principales de la infancia y juventud de Eduardo Latorre. El niño beneficiario del amor familiar. El joven tocado por su condición natural de líder. Liderazgo labrado con el antiquísimo y poderoso cincel de la gallardía y el respeto a las ideas de los demás. Liderazgo capaz de producir el mayor de los tesoros, el de la invariable e imperecedera amistad, fielmente testimoniada a través de conmovedoras reseñas que, a partir del 16 de junio de 2003, pudimos leer y escuchar a través de los diferentes medios de comunicación.

Su exitosa carrera humana y profesional no fue fruto del azar. Cuando, en 1976, tuvimos la oportunidad de empezar a tratarlo, traía a cuestas una brillante carrera académica que se inicia con una licenciatura en Economía y Relaciones Internacionales de la Universidad de Southern California (Los Angeles, 1963), la cual es consolidada en 1964 con una Maestría en Relaciones Internacionales, hasta obtener el máximo título académico en 1972 como Doctor en Ciencias Políticas de la Columbia University (New York).

Dueño de una recia personalidad, encontró siempre la forma de conciliar y equilibrar sus diferentes dimensiones humana, espiritual y profesional.

Una amorosa familia compuesta por su esposa Doña Lina Arzeno y sus hijos Eduardo, Lina, Ximena y Gabriela, han continuado la interminable bitácora familiar del amor y el respeto a su obra como esposo y padre y a su memoria como excelente ser humano.

Sus historias coexisten con un ojo en el mundo de la economía y las ciencias políticas y otro en el apasionante mundo de la educación superior. Ambos mundos se beneficiaron de la incansable labor intelectual y las indiscutibles dotes gerenciales de un hombre cuya sensibilidad le permitió sacar excelente partido a sus coincidencias con la gente, con el pueblo, la ciudad, las costumbres y el sentir de su tiempo. Tempranas huellas de su quehacer intelectual engalanan la bibliografía nacional con obras como “Bonaio: una ciudad dominicana”, de la cual fue coautor. Esta obra fue publicada por la entonces Universidad Católica Madre y Maestra, en 1972.

En la bitácora de la sociedad dominicana se acumulan una abigarrada multitud de promisorios acontecimientos y éxitos que tuvieron como protagonista a Eduardo Latorre. El murmullo cercano del compromiso con Latinoamérica. Su designación como Secretario General del Grupo de Países Exportadores de Azúcar, entre 1984 y 1987. Importante experiencia internacional y sectorial que nos legó un fruto más de su pluma, la obra “Sobre azúcar”, publicada por el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, en 1989.

La proximidad del murmullo del compromiso de rescatar a su país del ostracismo internacional. Su designación como Canciller de la República, cargo que ejerció entre 1996 y el 2000. En este ambiente internacional redimensionó sus cualidades como maestro para dar la gran lección de su vida, actuando como un ser dotado de un espíritu capaz de interpretaciones históricas y de soluciones políticas por encima de las fronteras territoriales y en el marco del respeto a los derechos humanos y la autodeterminación de los pueblos.

Su quehacer como Canciller lo han hecho merecedor de numerosos elogios. Hoy no dudamos que en su ejercicio rindió homenaje de coherencia a los conceptos y sueños que sistematizó y compartió a través de obras que engalanaron el fondo editorial de INTEC:

- *La República Dominicana y las relaciones internacionales, de la cual fue coautor en 1974*
- *Política dominicana contemporánea, en 1975*
- *Sobre desarrollo y democracia, en 1992*
- *De política dominicana e internacional y desarrollo humano, en 1996*

Habiendo finalizado su labor como Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, publica su obra "Los viajes del Canciller", en el 2002, cerrando con broche de oro una estelar y, lamentablemente, breve carrera como funcionario público.

Como maestro de la austeridad y devoto de la sencillez recibe con ejemplar modestia los homenajes que en calidad de destacado dominicano le fueron otorgados por numerosas instituciones, debiendo destacarse el Supremo de Plata Jaycees (1991) y el Doctorado Honoris Causa en Administración Universitaria, otorgado en 1984, por el Instituto Tecnológico de Santo Domingo. También las condecoraciones que como destacado diplomático le fueron otorgadas por los gobiernos de Chile, Colombia, México, Perú, Francia y China.

Su dilatada y continua presencia en el mundo intelectual dominicano lo identifica por su profundidad conceptual y agilidad en el tratamiento de los sucesos acaecidos en el país y en el mundo. Los acontecimientos mundiales que se precipitaron a partir del 11 de septiembre, lo llevaron a ejercer su magisterio a través de una inolvidable serie televisiva, donde compartió panel con otros destacados intelectuales nacionales e internacionales.

En la bitácora de la educación superior dominicana escribe también una brillante página. Junto a otros destacados jóvenes dominicanos acepta un trascendente reto.

Desde entonces los inmovibles muros de la institucionalidad, representada en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, fueron cuidadosamente labrados con su tesón, su inconfundible sentido de la responsabilidad, su indiscutible solvencia intelectual y moral y su entrega sin temores a lo que advirtió era la mejor obra en favor de su país.

El profesional turbado por las ansias de un sistema educativo dominicano capaz de superar las amarras del autoritarismo. Las manos ávidas en el océano de las necesidades sociales. El olor de la misión y las funciones de la joven universidad, fueron fuente de inspiración de numerosos ensayos que el fondo editorial de INTEC atesora en la obra titulada "Sobre educación superior", publicada en 1982. Sus grandes aportes a la consolidación de INTEC los hizo desde diferentes posiciones, hasta convertirse en su Rector durante el período comprendido entre 1976 y 1984.

Como Rector dio paradigmáticas lecciones. Nos enseñó a superar con trabajo las desventajas de nuestra falta de tradición histórica. Supo interpretar el espíritu de los fundadores, haciendo su aporte a favor de una institución ontológicamente veraz e históricamente comprometida.

Su paradigmático respeto al conocimiento y su visionario espíritu nos permitieron ser testigos de excepción de un ser humano capaz de rendir homenaje a Einstein sin ser físico o, sin ser bibliotecario, defender con pasión la creación de una asociación bibliotecaria capaz de institucionalizar la cooperación interbibliotecaria. Por qué no mencionar su condición de donante continuo de nuestra Biblioteca?. Por qué no evocar su capacidad para auscultar la labor de sus colaboradores y asignar a cada uno de los bienes materiales el más alto de los precios?, el de reconocimiento a la sistematicidad y calidad del esfuerzo realizado.

INTEC tiene el orgullo de haber monopolizado el tiempo y el espíritu de un Eduardo Latorre cuyas profundas huellas hicieron posible el pasado y el presente institucional, comprometiéndonos seriamente con inspirar su futuro en la solidez de su legado intelectual, profesional y moral. Rindamos homenaje perenne a Eduardo Latorre de quien debemos decir que:

Su vida fué un himno a la laboriosidad y la sencillez.

Su vida fué un voto de fé.

Su vida fué un juramento de lealtad al poder de la educación.

Lucero Arboleda de Roa



“Integro hasta en lo más mínimo, honrado hasta la inconsciencia. Trabajador infatigable. Enérgico. Desesperado y desesperante. Capaz. Culto. Formal. Respetuoso de los criterios de los demás”.

- Mu kien Sang -

“El Dr. Eduardo Latorre fue un ser privilegiado que, rechazando la mediocridad, se atrevió a “soñar en grande”, y a unir sus sueños a los de otros valientes soñadores de su generación, que hicieron nacer a INTEC y promovieron y promueven múltiples iniciativas creadoras, que impulsan hoy vigorosamente el progreso integral del país. Lástima que se nos fue tan pronto. Que encuentre muchos imitadores, para honrar su memoria y completar sus sueños”.

- Hno. Alfredo A. Morales FSC (De La Salle) -

“Fue un jefe estricto, un sabio maestro y un amigo sincero”.

- Raymundo -

“Eduardo simbolizó para mi el ejemplo vivo de un amigo leal, capaz, luchador indolegable por las causas en las que creía, un crítico honesto en nuestra sociedad que tanto precisa de esa cualidad, hombre laborioso, ejecutivo ejemplar, intelectual y escritor de amplia experiencia, académico y creyente firme en la excelencia académica como cualidad necesaria para que un centro universitario se encamine hacia su éxito. Fue ante todo un gran alma humana, de profundas convicciones y de alto sentido humanístico”.

- Frank Castillo -

“Siempre recuerdo lo exigente que era con la puntualidad y específicamente la frase de “Comencemos aunque seamos dos, pues no podemos premiar a los impuntuales”, la he usado muchas veces”.

-Diamela-

“No me gusta usar la palabra admiración, lo considero fuerte, desmedidamente lisonjera, pero quiero dejar testimonio de que pocas personas han provocado en mi, la profunda admiración que Eduardo Latorre. Ese juicio no nace de una impresión de primera vista, sino que es producto de un proceso lento, en que las acciones compartidas en su cercanía conformaron en mi conciencia una imagen sólida donde destacan relevantemente brillantes cualidades: rigurosidad, integridad, laboriosidad tesonera, desplegadas con un profundo sentido de justicia y respeto, y sostenidas en un sentido ético cargado por la dignidad que emana de los méritos que propician el trabajo honesto ejecutado a cabalidad”

-Roberto Ramírez-

“Fue una persona de gran tezón y persistencia, por lo que era de los imprescindibles; de los que hacen todos los días lo que tienen que hacer. Exigente no sólo frente a los demás, sino frente así mismo. No exigía nada a nadie que no se exigiera así mismo. Austero de forma que se sentía satisfecho con lo necesario, nunca con lo supérfluo”.

-Rafael Toribio-

“Cuando pienso en Eduardo Latorre, enseguida me vienen a la mente cualidades humanas, que siempre vi en él y que relaciono con su persona y recuerdo: Rectitud, amabilidad, puntualidad, sinceridad y compañerismo”.

-Quilvio Cabral Achécar-

“Eduardo Latorre: temperamento y principios morales fuertes, profundamente arraigados, intelectual generoso, exquisito amigo, solidario, dispuesto siempre a emprender con éxito proyectos de responsabilidad social, un ser humano a quien fue un privilegio conocer”.

- Manuel Cocco -

“De él puedo decir que era auténtico, sencillo, sin poses, que le ponía la misma atención e interés al personal, ya fuera este un funcionario de alto nivel como al más humilde de los empleados. Siempre mantenía un saludo y una sonrisa a su paso, sin dejar de ser enérgico y hasta un poco intolerante cuando así lo entendía”.

- Miriam Bobadilla -

“Eduardo Latorre: Pudo amar porque creó. Pudo enseñar porque hizo. Pudo permanecer porque trascendió”.

- Lucero Arboleda de Roa -

“Los que tuvimos el honor de compartir con Eduardo los años de consolidación del INTEC, guardamos el mas hermoso de los recuerdos de un hombre excepcional. Su dinamismo, su entereza, su gran talento académico y organizativo, hizo posible que nuestra Institución alcanzara los mas altos niveles de excelencia. Los intecianos le debemos mucho a Eduardo. En los últimos meses de su vida se hizo patente otra gran cualidad: su valentía frente a lo inexorable”.

- José Joaquín Puello -

“Eduardo Latorre fué un distinguido académico, de vocación humanista, que sirvió de inspiración a todos y todas quienes compartimos su labor, por su capacidad de liderazgo, su sentido de responsabilidad, su solidaridad y su entrega de carácter”.

- Miguel Angel Heredia -

“Viviste apegado a tus convicciones. Te exigiste mucho y exigiste a los demás. Te fuiste primero, pero tus empeños y reciedumbre, siempre, nos marcarán el camino”.

- Ramón Pérez Minaya -

“Eduardo poseía inteligencia superior, formación intelectual exquisita, integridad y desprendimiento personales, recia vocación de trabajo y una firme lealtad a sus ideas, a sus iniciativas, a su familia y a sus amigos. Y todos esos atributos siempre los colocó al lado de las nobles causas a las cuales dedicó su vida”.

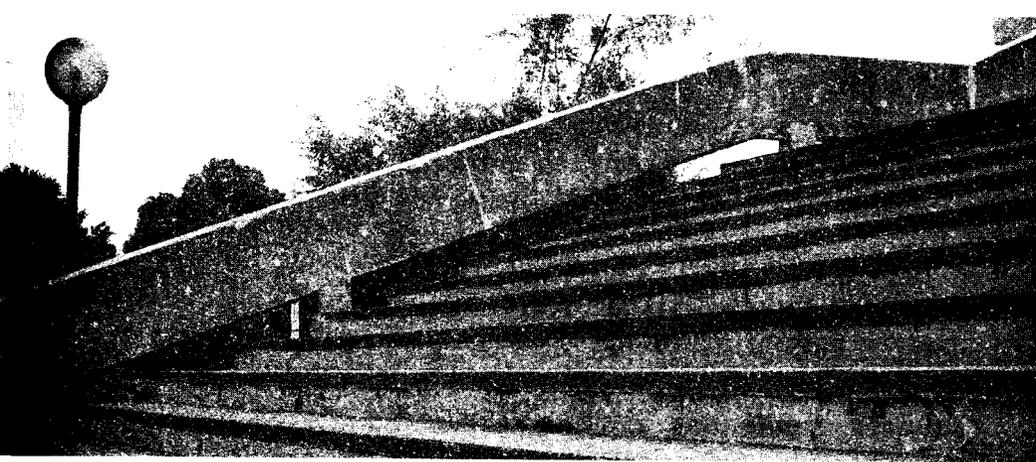
- Ramón Flores -

Eduardo Latorre fue un ser humano excepcional en todos los sentidos. Para mi fué un privilegio contar con su amistad y creo que nuestro país perdió un gran ciudadano a destiempo.

- Maria Filomena Barletta -

“Eduardo fue un dominicano comprometido con su país y de manera particular con la educación. Tenaz, responsable, seguro de sí mismo y con fino sentido de humor. Le recordaré siempre con cariño”

- Engracia Franjul de Abate -



Bibliografía existente en la Biblioteca del INTEC

Monografías

1. Latorre, Eduardo...[et al.] **Bonao : una ciudad dominicana.** - - Santiago : Universidad Católica Madre y Maestra., 1972. 2v. (Ediciones de la UCMM. Colección estudios; 11) [RD / 309.17293 / B697c]
2. Latorre, Eduardo. **Comentarios generales sobre la realidad latinoamericana en la segunda mitad del siglo veinte.** Santo Domingo :[s.n.], 1978. 17 h.[RD / F-0118]
3. Latorre, Eduardo. **De política dominicana e internacional y desarrollo humano.** Santo Domingo : Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1995. 308 p. [RD / 320.97293 / L358 po]
4. Latorre, Eduardo. **El desafío del futuro: discurso inaugural.** Santo Domingo : [s.n.], 1981. 16h. [RD / F-0623].Presentado en el Seminario Dominicano Década del 80 (1981 : Santo Domingo)
5. Latorre, Eduardo. **The Dominican Republic: a case study of caudillistic political system and the challenge of a populist movement.** New York: Columbia University, 1972. 516 p. [RD / 320.97293 / L358d]
6. Latorre, Eduardo. **La importancia de los sub-productos de la caña de azúcar.** Santo Domingo: CEA, 1974. 14 h.[RD/ F-0252]
7. Latorre, Eduardo. **La nueva política económica exterior de la República Dominicana.** Santo Domingo: Imp. Editora Palma, 1997. 30 p.[RD / F-2636]

8. Latorre, Eduardo. **La nueva política exterior dominicana y temas de relaciones internacionales.** Santo Domingo : Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, 1997- 2000. 5v. [RD / 327.7293 / N964p].
9. Latorre, Eduardo. **Política de producción de azúcares, melazas y derivados a corto, mediano y largo plazo.** Santo Domingo : [s.n.], 1982. 19 h [RD / F-0750-51]
10. Latorre, Eduardo. **Política dominicana contemporánea.** Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1975. 407 p. [RD / 320.97293 / L358p]
11. Latorre, Eduardo. **La política exterior dominicana: cambio y modernización.** Santo Domingo: Cámara Americana de Comercio de la República Dominicana, 1998. 19 p. [RD / F-3419]
12. Latorre, Eduardo. **Presentación del informe del desarrollo humano 1993.** Santo Domingo:[s.n.], 1993. 13 h. [RD / F-1245]
13. Latorre, Eduardo. **Propuesta para la dominicanización de la zafra azucarera.** Santo Domingo: Consejo Estatal del Azúcar, 1983. [303]h. [RD / 331.20413384763361 / P965d]
14. Latorre, Eduardo. **Sobre azúcar.** Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1988. 190 p. [RD / 382.41361 / L358s]
15. Latorre, Eduardo. **Sobre desarrollo y democracia.** Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1992. 135 p. [RD / 320.97293 / L358s]

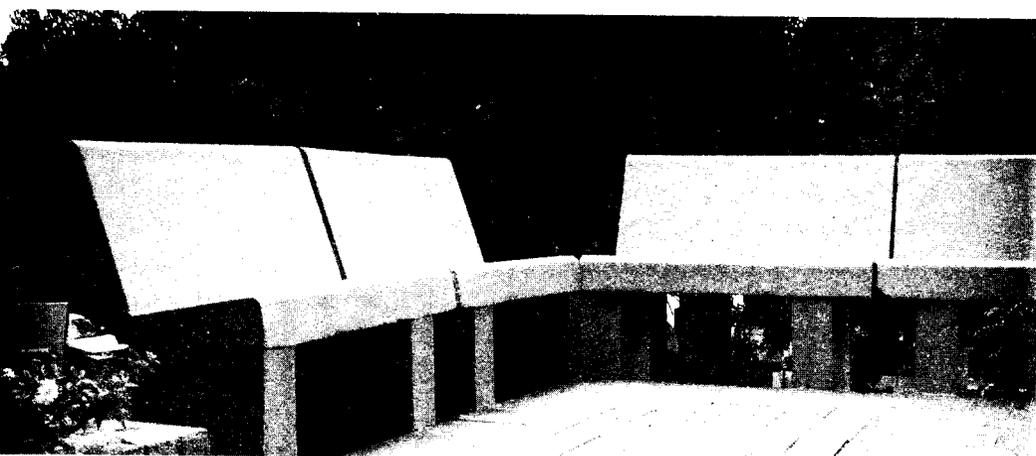
16. Latorre, Eduardo. **Sobre educación superior**. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1980. 235 p. [RD / 378.7293 / L358s]
17. Latorre, Eduardo. **Los viajes del canciller**. Santo Domingo: OMNIMEDIA, 2002. 458 p. [RD / 327.1 / L358v]

Artículos en Publicaciones Periódicas

1. Latorre, Eduardo. "Algunas consideraciones sobre el desarrollo". **Ciencia y Sociedad**; **9**(3): 450-60, sep.-dic., 1984.
2. Latorre, Eduardo. "Comentarios sobre la realidad latinoamericana". **Ciencia y Sociedad**; **3**(1): 101-8, ene.-jun., 1978.
3. Latorre, Eduardo. "La crisis de 1965". **Ciencia y Sociedad**; **4**(1): 97-100, ene.-jun., 1979.
4. Latorre, Eduardo. "El desarrollo político dominicano". **Ciencia y Sociedad**; **6**(1): 91-100, ene.-jun. 1981.
5. Latorre, Eduardo. "Discurso inaugural hacia una política económica internacional para la década de 1980". **Ciencia y Sociedad**; **4**(2): 119-29, jul.-dic., 1979.
6. Latorre, Eduardo. "Educación permanente: algunas consideraciones". **Documentos INTEC**; (2): 145-50, 1977.
7. Latorre, Eduardo. "Educación y sociedad: el caso de la República Dominicana". **Ciencia y Sociedad**; **2**(1): 83-96, ene.-jun., 1977.

8. Latorre, Eduardo. "Entre el autoritarismo y la democracia: un comentario". **Estudios Sociales**; **29** (103):49-58, ene.-mar., 1996.
9. Latorre, Eduardo. "Los estudios de postgrado en perspectiva". **Documentos INTEC**; (2): 11-18, 1977.
10. Latorre, Eduardo. "Fortalezcamos UNICA". **Ciencia y Sociedad**; **7**(1):85-90, ene.-jun., 1982.
11. Latorre, Eduardo. "Hacia un nuevo profesional: el científico social". **Documentos INTEC**; (2): 119-27, 1977.
12. Latorre, Eduardo. "Hacia una estrategia para el desarrollo y conservación del INTEC". **Documentos INTEC**; (4):9-24, 1980.
13. Latorre, Eduardo. "Hacia una política azucarera dominicana en la década de los 80 (ponencia)". **Ciencia y Sociedad**; **5**(2): 253-68, jul.-dic., 1980.
14. Latorre, Eduardo. "INTEC hacia el futuro". **Documentos INTEC**; (9):103-13, 1984.
15. Latorre, Eduardo. "INTEC y la formación de un Consejo Nacional de Universidades". **Documentos INTEC**; (2):207-11, 1977.
16. Latorre, Eduardo. "Liderazgo y gobierno en INTEC". **Documentos INTEC**; (1):104-12, 1976.
17. Latorre, Eduardo. "Notas para el proyecto nacional dominicano". **Estudios Sociales**; **29**(104):25-33, abr.-jun., 1996.
18. Latorre, Eduardo. "Palabras de clausura en el Simposio Inter-universitario de Servicio Civil". **Ciencia y Sociedad**; **8**(1): 77-80, ene.-jun., 1983.

19. Latorre, Eduardo. "Papel de la Universidad en países del Tercer Mundo". **Documentos INTEC**; (3): 13-27, 1978.
20. Latorre, Eduardo. "El papel de las corporaciones de bien público en los países sub-desarrollados". **Ciencia y Sociedad**; **10**(2): 240-52, abr.-jun., 1985.
21. Latorre, Eduardo. "El papel del profesor universitario del Tercer Mundo". **Documentos INTEC**; (4): 61-74, 1980.
22. Latorre, Eduardo. "Política de producción de azúcares, melazas y derivados a corto, mediano y largo plazo". **Ciencia y Sociedad**; **7**(2): 180-8, jul.-dic., 1982.
23. Latorre Eduardo. "Presentación del libro, desarrollo humano: informe 1992". **Ciencia y Sociedad**; **17**(4): 429-44, oct.-dic., 1992.
24. Latorre, Eduardo. "Principales objetivos del Instituto Tecnológico de Santo Domingo". **Documentos INTEC**; (3): 75-89, 1978.
25. Latorre, Eduardo. "Procesos de desarrollo y consolidación de la democracia en la República Dominicana". **Ciencia y Sociedad**; **17**(1): 60-73, ene.-mar., 1992.
26. Latorre, Eduardo. "Propuesta para la dominicanización de la zafra azucarera". **Ciencia y Sociedad**; **9**(1): 139-54, ene.-abr., 1984.
27. Latorre, Eduardo. "Reseñas bibliográficas". **Ciencia y Sociedad**; **6**(1): 113-7, ene.-jun., 1981.



Escritos

A Eduardo Latorre, una gran persona y un gran amigo

Por Rafael Toribio

Eduardo Latorre ha muerto, y ha muerto un gran hombre, un excelente amigo y una extraordinaria persona. Sus grandes realizaciones y aportes hacen de él un gran hombre, pero prefiero resaltar las pequeñas cosas que hicieron de él una gran persona. Pienso que en un momento como este preferiría oír no lo que hizo, sino lo que quiso hacer y dejar como legado. Que se resalten los valores que defendió y que están presentes en sus aportes y en sus relaciones cotidianas con los demás.

Su trayectoria profesional y sus aportes a la sociedad, aquí y en el exterior, lo hacen merecedor de consideración y estima. Lo hicieron ser un gran ser humano. Profesor universitario en Estados Unidos y en el país, aún es recordado por sus discípulos en razón de su responsabilidad y profundidad en el desempeño de la cátedra. Articulista por varios años; autor de varias obras de referencia obligada; fundador del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) y Rector por dos periodos; funcionario público en el Consejo Estatal del Azúcar (CEA) y en la Secretaría de Finanzas; Secretario General del Grupo de Países Latinoamericanos y del Caribe Exportadores de Azúcar (GEPLACEA), obtenido el cargo en un concurso internacional; Director Ejecutivo de la Fundación Dominicana de Desarrollo; Secretario de Estado de Relaciones Exteriores por los cuatro años del periodo de gobierno y Jefe de la Delegación de la Organización de Estados Americanos (OEA) en el Perú para la salida concertada a la crisis entre los distintos actores políticos. En cada uno de estos cargos el éxito en la gestión fue característica permanente. Como logro muy particular hay que destacar que fue la persona que condujo la transformación del INTEC desde una idea a una realidad palpable. Todas estas cosas hacen de Eduardo Latorre un gran hombre al que le debemos, al menos, reconocimiento. Pero Eduardo fue mucho más que eso.

No sólo las grandes cosas hacen de un individuo un gran hombre. Hay pequeñas cosas que evidencian la grandeza de las personas. Y Eduardo Latorre las tuvo de sobra. Beltroch Brecht decía que una persona que hacía algo bueno alguna vez, era una buena persona; quien lo hacía muchas veces, era una mejor persona, pero quienes lo hacían todos los días, eran los imprescindibles. Eduardo era de los imprescindibles porque estaba todos los días haciendo lo que tenía que hacer. La evidencia más contundente de lo anterior es la aprobación por parte del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) del préstamo que permitió la expansión física y académica del INTEC. Después de intentar que desistiéramos de lograr la aprobación de ese préstamo, la constancia de Eduardo hizo que, al final, el BID tuviera que aprobarlo. Y todavía hoy se considera uno de los proyectos mejor ejecutados en el país.

Por sus valores y principios, y por su entrenamiento académico, su preferencia estuvo orientada al servicio de los demás. Eso le llevó a la docencia, a la fundación y gerencia de una universidad, a ser funcionario público, a la gestión en un organismo multilateral latinoamericano y a dirigir una fundación preocupada por el desarrollo humano y ser Secretario de Estado. Optó por el servicio público y el llamado tercer sector. Al final de sus días reconoció que esta opción no le reportó ganancias materiales, pero sí una gran gratificación personal.

Eduardo fue una persona que terminó por reconocer sus limitaciones con plena conciencia de que debía superarlas, aunque le costara reconocerlo y hacerlo. Después de enfrentar y superar problemas, y sobre la base de un gran esfuerzo personal, concluyó aceptando que en la Universidad, por sus esenciales características, la forma de lograr las cosas tenían que diferir de cómo se lograban en otros ámbitos, en la empresa privada, por ejemplo. Confesó al final de su gestión como Rector que la gerencia en la Universidad debía basarse, en cierta medida, en la persuasión, cuestión que al inicio de su mandato tenía su total rechazo.

Fue siempre fiel a sus principios y defensor tenaz de sus criterios, hasta que fuera derrotado racionalmente. Si se le demostraba que estaba en el error, lo aceptaba y era capaz de pedir excusa, aunque le costara hacerlo. Tengo la experiencia personal de que en mi condición de Vicerrector, siendo él Rector, solicitaba mi parecer sobre una decisión que debía tomar, o que ya había tomado. Al conocer mi opinión, que era contraria a su preferencia, se lamentaba haberme consultado porque al conocer mi opinión, y aceptar que era más correcta que la suya, ahora, —decía—, no podía hacer lo que quería hacer. Ese era Eduardo Latorre.

En términos de responsabilidad, exigía a sí mismo más de lo normal, para poder luego exigir a los demás. Pedía cumplimiento, pero se ocupaba de ser el primero en cumplir. Eso le daba una gran calidad moral sobre los demás. A nadie le exigía nada de lo que él no estaba haciendo de manera regular.

Pese a que pudiera aparentar lo contrario, era una persona extremadamente sencilla. Como Rector de INTEC siempre se sentó en el asiento delantero al lado del chofer, y siendo Canciller solo aceptó la seguridad militar mínima, por imposición de su condición de Secretario de Estado. Cuando salíamos a cenar, que era frecuente, pues nuestra amistad permaneció igual, normalmente despachaba al chofer y al carro oficial y nos trasladábamos en mi vehículo. Algo que debo destacar, porque son de las pequeñas cosas que hacen grandes a las personas, es que al momento de pagar la cuenta, lo hacía con su tarjeta personal. En ninguna ocasión la cuenta corrió por la Cancillería del República.

Fue un amigo solidario y afectuoso, presente en todos los momentos, sobre todo en los de dificultad. A esta característica agregó un profundo sentimiento familiar. Todos los días, pasaba en las tardes por donde su abuelo, mientras éste vivió. Igual hacía con su mamá, Oma. Cuando no podía pasar, no faltaba la llamada por teléfono.

Al final, cuando había terminado como Canciller de la República y de la Misión de la OEA en el Perú, y que por la mezquindad política había pasado al ostracismo en su propio país, pasando revista y evaluación a su vida, concluía que el balance era altamente positivo. Aunque no tenía el reconocimiento que le hubiese gustado recibir, ni los recursos económicos que le permitieran una vida más holgada para él y su familia, reconocía que tuvo el gran privilegio de dedicar su vida a lo que entendió que era su manera de contribuir al desarrollo del país, que no tuvo que vender su conciencia ni renunciar a sus principios, y que siempre contó con el reconocimiento y el aprecio de quienes lo conocieron de verdad.

Eduardo, descansa en paz, y que tu espíritu permanezca entre nosotros.

Gracias por haberte conocido y haber disfrutado de tu amistad. ¡Que tu ejemplo perviva en nosotros y en los que quieren llevar una vida digna y solidaria!

A Eduardo Latorre in memoriam

Por Roberto B. Saladin Selin

Como sin celó una vez en unos versos ese fino poeta y amigo Marcio Veloz Maggiolo, "que el hacha gris del tiempo nos va dando golpe tras golpe en el costado abierto", el último golpe que hemos recibido fue la muerte y desaparición física de un dominicano que se ganó con su ejemplo de ciudadano, como intelectual, padre de familia, hijo, esposo, maestro, amigo y hombre con una vocación de servicio a su país sin fronteras, el respeto y la admiración de quienes tuvimos el privilegio de cultivar la amistad de Eduardo Latorre Rodríguez.

Primero nos llegó la información de que a Eduardo se lo habían llevado a Miami y luego, la llamada telefónica que dolió, su fallecimiento, llamando el Señor a Su Seno a un hijo, que supo en el accionar de su vida dar un ejemplo de su compromiso a tiempo completo con los valores más altos que siempre iluminaron su vida y su amor a una República Dominicana, que como a Unamuno ("me duele España"), le dolía en el tuétano de una patria a la que amó profundamente.

Su madre Norma, su esposa Lina, sus amados hijos, su familia toda, deben saber que en un país donde ya se ha utilizado la expresión de que los hombres como Eduardo son una raza en extinción, el paradigma de su conducta, ejemplo y compromiso no perecerá, porque en el prolífico ejercicio de sus acciones como un dinámico ejecutivo, por donde quiera que pasó dejó una huella imborrable de su fe, en cientos y miles de dominicanos y dominicanas, como de amigos extranjeros que nunca lo olvidarán, entre ellos Su Excelencia el Embajador de Uruguay en los Estados Unidos de América, Hugo Fernández Feingold, al cual me tocó darle en Washington la infausta noticia de su fallecimiento.

Cómo no recordar a Eduardo, nuestros años de lucha en la Junta de Regentes del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), junto a amigos como Fernando Periche Vidal, Rafael Marión-Landais, José Joaquín Puello, Rafael Toribio, Virgilio Díaz Grullón, Francisco José Castillo, Lulú Morillo, Altagracia López, Héctor Mejía Constanzo, Juan Bolívar Díaz, Frinette Torres de Urtecho, en ese entonces, el profesor Sans Lajara y muchos otros que hoy escapan a nuestra memoria, a los cuales pedimos excusas, a donde te acompañamos como Miembro y Presidente de la Junta de Regentes del INTEC, en tu batalla para legarle al país una nueva generación de profesionales, animados y embuidos de un compromiso social, con la República Dominicana.

Cuando me encuentro con el Lic. Omar Arias, economista, quien trabaja hoy en el BID y fue egresado del programa de Jóvenes Sobresalientes del INTEC, tengo que recordarte Eduardo, lo mismo me ocurre en mis encuentros con el Dr. Vicente González, en Miami, también egresado del INTEC y muchos más que nunca te olvidarán.

Miro hacia atrás y por mi mente desfilan tantos recuerdos de nuestros encuentros en la residencia de nuestros queridos amigos Rafael Marión-Landais e Isabel Mesa de Marión-Landais, donde tú Eduardo y tu esposa Lina, junto a Frida y su esposo, Jeanne Therese y sus hermanos, Don Milciades y Doña Alma, Marcia y su esposo, Conrado y su esposa, Lionel y Ellis, Luis Manuel y Evelina, los amigos ingenieros de Rafael y la presencia siempre de uno que otro sacerdote amigo, oíamos tus análisis enriquecedores sobre la política dominicana y entre todos, Eduardo "arreglábamos" a la República Dominicana!

Tu paso, Eduardo, por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCAMAIMA) como docente, la Rectoría del INTEC, su Junta de Regentes como miembro, el Consejo Estatal del Azúcar (CEA), Asesor del Secretario de Estado de Finanzas, la Fundación Dominicana de Desarrollo, GEPLACEA, fueron etapas que te llevaron a ser el Canciller de la República y desde la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, el país todo, tu familia, tus amigos pudimos apreciar, el dominicano ejemplar que fuiste, porque aún quienes no compartieron tus ideas y posiciones, te respetaron como un hombre de convicciones sinceras, trascendiendo tu prestigio fuera de nuestras fronteras, por lo que el Secretario General de la OEA, César Gaviria y un grupo de países del continente, te llevaron como mediador a lidiar con la crisis del Perú.

Irónicamente, nuestro último encuentro contigo Eduardo y con Lina, fue en el Laboratorio de Amadita, hace unos meses y nunca pude imaginarme que sería la última vez que nos veríamos, antes de que el Señor te llamara a su Seno.

Para mi esposa Bertha y para mí fue un privilegio y honor la amistad y cordialidad que siempre nos dispensó, un hombre de la calidad humana de Eduardo Latorre Rodríguez.

Eduardo Latorre se merece que una calle de su país sea designada con su nombre como igualmente uno de los edificios del INTEC, debería ser bautizado con su nombre para perpetuar la memoria de un dominicano ejemplar.

Por Jesús María Hernández Sánchez

Numerosos son los artículos en la prensa nacional y los comentarios en los medios radiales y televisivos donde destacan las cualidades de Eduardo, demás está decir que doy fe de cada una de ellas, en estas sencillas líneas mi intención es recordar y dar a conocer algunas vivencias junto al amigo ido a destiempo.

La primera experiencia fue la responsabilidad con la que organizó la Conferencia de GEPLACEA (Grupo de Países Latinoamericanos Exportadores de Azúcar), que se llevó a cabo en Puerto Plata, en abril de 1975, gran parte de los éxitos de ésta, se debieron al trabajo tesonero de Eduardo. No fue una tarea fácil, basta recordar que en esa época en Puerto Plata sólo existía como hotel de cierta categoría "El Montemar" y vinieron al país ministros y delegaciones de 19 países.

Debo destacar también, el prestigio que él dio al país, al ser electo director ejecutivo de esa organización en las elecciones llevadas a cabo en Tucumán, Argentina en 1984. Gracias a su currículo pudimos superar dos obstáculos, sumamente importantes el primero la delegación dominicana, por razones que no vienen al caso no estaba bien unifica y segundo porque los adversarios eran los cubanos, que pocas veces habían perdido elecciones en los organismos internacionales. Me tocó la suerte junto a Víctor Livio Cedeño de representar a nuestro país en las negociaciones y gracias a su currículo, luego de agrias discusiones, ganamos las mismas. Recuerdo su cara de ansiedad cuando salió un momento de la asamblea y le dije "ya puedes ir buscando apartamento en México".

Más adelante participamos en uno que otro seminario, a veces como oyentes, otras como expositores, pero siempre girando sobre las Relaciones Internacionales.

El 16 de agosto de 1996, cuando mi esposa y yo oímos el decreto nombrándolo Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, nos emocionamos mucho aunque quedamos altamente sorprendidos, debido a la amistad personal que le profesaba al licenciado Fernando Alvarez Bogaert, habían sido compañeros en universidades norteamericanas, y juntos habíamos participado en varios actos, cenas principalmente, a beneficio de la candidatura del PRD, Peña Gómez/Alvarez Bogaert.

Eduardo no fue peledista, no se si después se inscribió en el partido, pero tampoco fue perredeista como creían otros que durante el tiempo que estuvo al frente de esta Cancillería quisieron hacerle daño alegando esto, sin embargo siempre contó con el apoyo del entonces Presidente Fernández.

Eduardo era un profesional honesto, capaz, leal, con muchos sueños y con muchas ideas para tratar de hacer realidad esos sueños.

Al otro día de su nombramiento, el 17 de agosto, me llamó a mi casa y a pesar de que en esos momentos yo tenía un trabajo estable en la empresa de mi primo, señor Luis Augusto Ginebra H. (Don Payo), la tentación de volver al campo de las relaciones internacionales me hizo sucumbir a su oferta.

Al empeño de Eduardo se debe el inicio del programa de reforma y modernización de esta Cancillería, la adecuación de los sueldos del servicio exterior al costo de la vida de los países sedes, el aumento de los sueldos de los funcionarios y empleados de esta Secretaría, la remodelación de la estancia San Jerónimo, el nuevo y moderno edificio de la Escuela Diplomática, la firma de los acuerdos comerciales con Centro América y el CARICOM, participación activa dominicana en asociaciones internacionales como el Grupo de Río, los NoAlineados, etc.

Eduardo fue un gran canciller, pero sobre todo fue un académico, esa cualidad académica la empleaba muchas veces en esta Cancillería para explicar sus ideas utilizando a veces una pizarra, como si estuviera ofreciendo una de sus cátedras en el INTEC.

En las cumbres, conferencias y asambleas que tuve la oportunidad de compartir con él siempre me extrañó que no acostumbraba a tomar mucho la palabra, esto para mí era raro en un académico, eso sí tomaba notas de todas las intervenciones de los otros participantes y cuando intervenía sus planteamientos llamaban la atención de los concurrentes por su lógica y su peso.

Una anécdota divertida que cuando la recordábamos nos reíamos era la siguiente: debíamos asistir a una conferencia en Cartagena, Colombia, teníamos que tomar un avión de Taca que recién inauguraba esa ruta, cuando subimos al avión un Boeing 737, Eduardo y yo éramos los únicos pasajeros, yo dudé de hasta de abordar ese raro vuelo, ya que el mismo era en territorio colombiano, por los problemas que todos conocemos, Eduardo me dijo: "Si perdemos éste llegamos tarde a la conferencia, además a nosotros dos para que nos van a secuestrar, si nadie daría un peso por el rescate".

Quizás una de sus mayores satisfacciones durante su mandato como canciller fue en el 1999, en México, cuando su antigua compañera de estudio señora Rosario Green, entonces canciller de México y actual embajador de ese país en Argentina le impuso la máxima condecoración mexicana, el Águila Azteca, en ese momento tuvimos la oportunidad de estar al lado de su esposa Lina y otros funcionarios dominicanos y vimos en él, que era poco propenso a este tipo de homenaje, una cara de gran satisfacción.

Quiero por este medio, al recordar algunas vivencias con el amigo Eduardo, reiterarle a su madre Norma, a su esposa Lina, a su hijo Eduardito, a sus tres hijas y a su nieta de la que estaba tan orgulloso, pues decía que se parecía a él, que para mí fue un gran honor haber trabajado a su lado durante cuatro años.

Recuerdo que tan pronto se terminó la remodelación de la estancia San Jerónimo, conversó con algunos colaboradores para designar con nombre de algunos destacados cancilleres dominicanos, tres de los nuevos salones de reuniones que habían sido restaurados. Mucho se conversó acerca de esos nombres, el suscrito le aconsejó más de una vez que había que tener sumo cuidado con esto, pues podrían surgir polémicas estériles alrededor de la designación de algún prestigioso canciller de los tiempos modernos, que los hemos tenido, pues para este tipo de homenaje debería pasar un buen tiempo, entre la muerte de la persona y el acto de homenaje.

Al final se seleccionaron los nombres de tres prestigiosas personalidades que alguna vez estuvieron al frente de esta Secretaría: Pedro Garrido; Emiliano Tejera y Francisco Henríquez y Carvajal.

Que me excuse Eduardo, pero hoy quiero contradecirme con lo que le había aconsejado en ese entonces y deseo a través de este medio solicitarle al Señor Presidente de la República, ingeniero Hipólito Mejía, quien siempre lo distinguió en presentaciones públicas y privadas, impartir las instrucciones de lugar al licenciado Francisco Guerrero Prats, actual canciller, a fin de que, el auditorio de la Escuela Diplomática o una de sus modernas aulas que aún no tienen nombres reciban el nombre de Eduardo Latorre.

¡Honor a quien honor merece!

Recuerdos de Eduardo Latorre

Eduardo Latorre se nos ha ido a destiempo, en lo mejor de su desarrollo intelectual, en la plenitud de su quehacer. Nos queda de él no sólo el recuerdo, sino sobre todo la fuerza de su ejemplo, de su conducta moral y entrega desinteresada a la nación.

Por Wilfredo Lozano

Conocí a Eduardo Latorre en 1972. Él estaba ingresando como profesor al departamento de sociología de la UASD yo cursaba los primeros semestres de la licenciatura en sociología.

Nos impartió la cátedra de sociología latinoamericana. En esa cátedra coincidimos como estudiantes muchos amigos, hoy figuras intelectuales del país: Frank Báez Evertsz, Ramonina Brea, Otto Fernández, entre otros. Su curso fue novedoso: introdujo una modalidad durísima de desempeño: semanalmente teníamos que entregar un reporte de lectura de un libro. En esos años esto era un difícil y revolucionario ejercicio intelectual. Recuerdo los debates de ese curso: Eduardo con calma se limitaba a ser el árbitro, luego con sutileza ponía orden en todo aquello y del caos surgía un buen argumento, un par de ideas que podían caracterizar el contenido del libro en discusión. Fueron años felices aquellos.

Luego lo dejé de ver. Me fui a México a cursar mis estudios de doctorado. Cuando regresé en 1981, al enterarse de que yo había regresado me llamó por teléfono y de inmediato me ofreció trabajo. Acepté con entusiasmo y un poco de vanidad: Eduardo Latorre me llamaba y me proponía ser parte de su equipo. Así fue que ingresé al INTEC como responsable de publicaciones científicas, siendo Eduardo Rector de esa formidable universidad. En ese tiempo le conocí más de cerca, aprecié su don de dirección, su ecuanimidad en la toma de decisiones, su respeto por el otro. Eduardo tenía fama de peleón. A mi nunca me peleó, siempre me trató con respeto y una fina y tímida simpatía.

Temo que lo que muchos calificaban como espíritu gruñón no era más que un apego irrestricto al cumplimiento de la norma, al simple cumplimiento del deber. En un país como el nuestro, esa premisa moral de la conducta humana suena a ruido, pero es lo que hace falta.

Ya Canciller de la República, Eduardo mantuvo esa conducta humilde, de profundo compromiso con el país y respeto a sus instituciones. Recuerdo que una vez, entrando yo a su despacho a una reunión sobre la FLACSO, la cual recién comenzaba a dirigir a nivel latinoamericano como su Secretario General, de inmediato me dijo que el presidente quería que yo presentara el libro "La Nueva Política Exterior", que recién sacaba a la luz la Cancillería. Respondí que con gusto, ya que, pese a que como él sabía yo era un hombre de Peña Gómez, compartía las líneas gruesas de esa política exterior. Por eso le dije: de todos modos, dile al presidente que me deje un par de días para tomar la decisión, ya que deseo informarle de esto a Peña Gómez. Cuando le informé de la propuesta del presidente y del Canciller, ese gran líder nacional que fue Peña Gómez me dijo más o menos estas palabras: "Wilfredo, dile al presidente que sí, los pasos que en este terreno está dando Leonel son buenos. Eso hay que apoyarlo". Fue así que más o menos un mes después presenté el libro "La Nueva Política Exterior".

A partir de ahí, mantuve un lazo más estrecho con Eduardo. Nos veíamos en reuniones internacionales, en la propia Cancillería y en espacios públicos. Siempre le ví ecuánime, con su sonrisa tímida, preocupado de manera franca y genuina por los destinos de nuestro país, asunto que prácticamente era la agenda que abordábamos cuando nos encontrábamos.

De los últimos recuerdos de Eduardo que conservaré con agrado en mi frágil memoria fue el día en que Eduardo regresaba de Lima, Perú, tras la renuncia de Fujimori. Como se sabe, Eduardo Latorre había conducido las negociaciones políticas de esa transición como representante de Gaviria, el secretario general de la OEA.

Nos encontramos en la aduana del Aeropuerto de Las Américas esperando maletas. Recuerdo que le hice un par de chistes sobre Fujimori y sonrió. Su maleta llegó primero que la mía.

La tomó y desapareció como un sencillo ciudadano. Ese, el ex canciller, no usó los salones diplomáticos que de alguna forma le correspondían. No hizo ruido y así de simple hizo cola.

Ese era Eduardo Latorre. Se nos ha ido. Pienso que el mejor tributo que podemos hacer a su memoria es simplemente ese que dije al principio: asumir su ejemplo de amigo leal, de intelectual firme de convicciones, de hombre sencillo y ciudadano responsable.

Un canciller para la historia

Hablar de Eduardo Latorre en pasado, a treinta días de su partida, resulta aún difícil de asimilar. Su aspecto sereno, seguro y jovial dejaban la impresión de que viviría muchos años y que su ausencia definitiva de este mundo no estaba cercana.

Por Nurys Presbot de Michel

Su gran capacidad de trabajo, discreto manejo y completa preparación académica, adornada por una amplia experiencia lograda a través de largos años de trabajo tanto en el ámbito nacional como en el extranjero, estuvo a disposición del Estado en la ejecución de la política exterior de República Dominicana, en una de sus etapas más brillantes. En un momento de resurgimiento y posicionamiento en que la nación pasaba de un lugar pasivo casi inexistente basado en una política exterior perdida en un punto muerto, a otra versión agresiva y dinámica en sus avances y objetivos coherentes con los nuevos tiempos y abarcando los fundamentales aspectos económicos, sociales y culturales.

Vale citar lo expresado en el discurso que pronunciara durante su comparecencia en el almuerzo mensual de la Cámara Americana de Comercio, del 22 de enero de 1997: "¿...Y cual debe ser la meta de una política económica exterior? Pues, convertirse en pilar fundamental del desarrollo económico nacional. Es decir, contribuir a la prosperidad de la nación y al bienestar de todos los dominicanos.

Para alcanzar esa meta entre otras cosas, se requiere de un aprovechamiento máximo del entorno externo, pues un país pequeño, limitado a su mercado interno y a sus propios recursos no puede por sí solo propiciar un alto nivel de vida para su población. Se necesita de un gran volumen de intercambio de bienes y servicios, de inversión extranjera, y de la tecnología, además de factores internos.

¿Y en qué circunstancias se desempeña la política económica exterior? Antes que nada, en una inserción en la globalidad, lo que quiere decir que gran parte de lo que ocurre tiene que ver con la manera en que nos relacionamos con el mundo exterior”.

Al sólido prestigio que le confirió el buen desempeño de los cargos ejecutivos ocupados y a sus 15 años de docencia universitaria en la nación dominicana, Estados Unidos de América y México, se le suman las innumerables actuaciones como secretario de Estado de Relaciones Exteriores, que dejan testimonio de la sensatez y responsabilidad, asumidas en la ejecución de las acciones concretas para alcanzar las metas y los objetivos estratégicos que conformaron la política exterior nacional, formulada y dirigida por el Jefe del Estado del período 1996-2000, doctor Leonel Fernández, según lo establece la legislación vigente en nuestro país.

Eduardo Latorre, un canciller cuyo reconocimiento perdurará entrelazado en la historia de los momentos relevantes de esa nueva política y de los eventos de gran importancia celebrados en la nación dominicana, entre los que se cuentan por citar algunos, la primera Cumbre Presidencial celebrada en República Dominicana y primera reunión Cumbre de los Presidentes Centroamericanos fuera del istmo de América Central "Cumbre Extraordinaria de Jefes de Estado y de Gobierno de Centroamérica, Belice y República Dominicana" (1997); la primera reunión de los primeros mandatarios de las naciones que participan en el esquema de cooperación de la Unión Europea "Reunión Especial de Jefes de Estado y de Gobierno del Foro del Caribe (Cariforum) (1998); firma y negociaciones de los primeros acuerdos de libre comercio, países de Centroamérica y del CARICOM; y la Cumbre de Países ACP (1999); así como otras tantas reuniones y acontecimientos no menos importantes.

Lo recuerdo como lo que fue y percibí cuando tuve el privilegio de trabajar a su lado, un excelente canciller, receptivo, sin aires acartonados y de poses innecesarias; como el técnico probado y comprometido ante una función vital para el futuro del país. Respetuoso del protocolo y la posición que desempeñaba, jamás perdió la compostura en actitudes incoherentes y desatinadas. Trabajar a su lado fue gratificante, sabía reconocer con rapidez la respuesta de sus subalternos y estimular la entrega a la tarea asignada.

Sentimos su partida y aceptamos que hemos perdido a un gran hombre y profesional dominicano.

¡Descanse en paz, Eduardo Latorre!

Encuentros

Adiós, amigo

Por Mu-Kien Adriana Sang

Cuando un amigo se va
Queda un espacio vacío
Que no lo puede llenar
la llegada de otro amigo.

Cuando un amigo se va
Queda un tizón encendido
que no se puede apagar
ni con las aguas de un río.

Cuando un amigo se va
Una estrella se ha perdido
La que ilumina el lugar
donde hay un niño dormido.

Cuando un amigo se va
Se detienen los caminos
Y se empieza a rebelar
el duende manso del vino.

Cuando un amigo se va
Galopando su destino,
empieza el alma a vibrar
porque se llena de frío.

Cuando un amigo se va
Queda un terreno baldío
Que quiere el tiempo llenar
Con las piedras del hastío

Cuando un amigo se va
Se queda un árbol caído
Que no vuelve a brotar
Porque el viento lo ha vencido.

Cuando un amigo se va
Queda un espacio vacío
Que no lo puede llenar
La llegada de otro amigo.

Alberto Cortés, Cuando un amigo se va.

Una vez más la muerte ha tocado mi puerta. Hace 15 años perdí a mi padre. Todavía están abiertas las heridas de su ausencia. Tiempo después, mi madre partió de manera estrepitosa. Ahora he experimentado el sabor amargo de la partida de amigos queridos. La primera fue la Hermana Francisca Domínguez, religiosa de la Congregación Hermanas Carmelitas Teresa de San José, que nos abandonó hace dos años. Tiempo después fue Ceyla de Morales, una hormiguita incansable, que sucumbió ante las garras de una enfermedad terminal. Hoy experimento el dolor profundo de ver partir al infinito al muy querido Eduardo Latorre.

Conocí a Eduardo, el Tío Eduardo como le decíamos cariñosamente en la casa, siendo muy joven. Me iniciaba en el mundo profesional, y solicité empleo en INTEC. Me nombró como Directora de Admisiones, una posición importante para el momento, porque el INTEC buscaba el préstamo con el BID. Una de las condiciones para concluir la negociación era aumentar el número de estudiantes. La promoción, pues, era un elemento vital para una institución que se iniciaba. Congeniamos inmediatamente. Su energía vital me contagió. Su capacidad intelectual me deslumbró.

Las circunstancias de nuestras vidas nos acercaron más; gracias a mis vínculos con su hermano del alma, Rafael Toribio, hoy mi esposo. Las tertulias sabatinas, cuando Eduardo venía a la casa a conversar con nosotros, quedarán por siempre en mis recuerdos. Acompañados de un café, un coñac y un puro, resolvíamos los problemas nacionales e internacionales. A veces, abatidos por la realidad, los encuentros se convertían en consuelos mutuos.

Gracias a su confianza en mi trabajo investigativo, pude iniciar mi entrada al conocimiento del siglo XX dominicano. Agobiada por estar 17 años estudiando el siglo XIX, producto del cual nacieron mis tres primeros libros, me propuso trascender y trabajar la política exterior dominicana. De esta iniciativa suya nacieron dos obras que abarcan la historia diplomática dominicana entre los años comprendidos entre 1844 y 1974.

Me sentí orgullosa cuando fue designado por la OEA para mediar en el conflicto peruano. Este nombramiento fue un reconocimiento a su trabajo. Todavía me duele la indiferencia que este gobierno le dispensó. No hemos aprendido que se puede ser un servidor del Estado Dominicano, sin que para ello medie interés político alguno. Demasiados intereses juegan en la vida nacional para que esa cualidad ideal se aplique en nuestra cruda y terrible realidad.

. Eduardo pasó sus últimos días acompañado de su familia y sus amigos más cercanos. Sin pretensiones de ningún tipo, sin esperar agradecimiento de esta sociedad a la que dedicó todo su esfuerzo y toda su vida. Su paso por muchas instituciones públicas y privadas tienen su sello. Su actitud honesta hasta la irracionalidad, su rectitud en su proceder público, su sentido profundo de la amistad y su amor por la familia, quedarán grabados en la memoria de los que lo conocimos. Esa es su verdadera herencia y su legado más hermoso y preciado.

La muerte es un imperativo de la vida, que siempre sorprende y duele. Estoy convencida de que al morir debemos pasar a un estadio superior. No es justo, y no tendría sentido haber vivido con dignidad y compromiso. Sin embargo me asaltan muchas preguntas. ¿Por qué lo hicieron sufrir tanto? ¿Por qué tuvo que irse ahora? ¿Por qué el Plan Divino no le permitió disfrutar de nuevos días y nuevos años junto a su familia? ¿Por qué llevárselo ahora, si estaba en una edad productiva, si todavía tenía tantas cosas que aportar al país?

Me dolió no haber podido abrazarlo, ni acariciarlo, ni haber podido decirle algunas palabras de consuelo. Adiós amigo del alma. Duerme tranquilo. Aquí te recordaremos siempre. Con la satisfacción de haberte conocido, y de haber compartido junto a ti tantas tareas, pesares y alegrías. Con la eterna gratitud de que estuviste a mi lado en muchos momentos cruciales de mi existencia.

Adiós, descansa, lo mereces.

*"A mis amigos les adeudo la ternura
y las palabras de aliento y el abrazo.
El compartir con ellos la factura
Que nos presenta la vida paso a paso.*

*A mis amigos les adeudo la paciencia
De tolerarme las espinas más agudas,
Los arrebatos de humor,
La negligencia, las vanidades, los temores y las dudas.*

*Un barco frágil de papel
Parece a veces la amistad
Pero jamás puede con él
La más violenta tempestad.*

*Porque ese barco de papel
Tiene aferrado a su timón
Por capitán y timonel
Un corazón.....*

*A mis amigos legaré
Cuando me muera
Mi devoción en un acorde de guitarra*

*Y entre versos
Olvidados de algún poema
Mi pobre alma incorregible de cigarra.*

*Amigo mío si esta copla como el viento
A donde quieras escucharla te reclama
Serás plural porque lo exige el sentimiento
Cuando se lleva los amigos en el alma."*

Alberto Cortés, A mis amigos (fragmento)

Antes y Después de Eduardo Latorre

Desde la fundación de la República la política exterior dominicana ha reflejado las características de nuestro subdesarrollo: apatía, aislamiento, improvisación y falta de institucionalidad. El hecho de ser un país pequeño, dependiente y con recursos limitados condicionaba nuestra actuación en el terreno internacional.

Por Gedeón Santos

El nacionalismo, el desarrollo hacia dentro, la política de sustitución de importaciones y la guerra fría reforzaban esa tendencia negativa. Se puede decir, que nuestras autoridades, en lo que se refiere al mundo exterior, se dedicaban fundamentalmente al nombramiento de cargos diplomáticos, a elaborar disposiciones de carácter administrativo y a la firma de uno que otro convenio o tratado sin mayor impacto para nuestro crecimiento como nación.

El régimen de Trujillo sería una excepción, pues la búsqueda de reconocimiento internacional, el desarrollo del capitalismo industrial, comercial y financiero; el crecimiento de la economía y la necesidad de defenderse de sus enemigos nacionales y extranjeros, llevó al régimen a elaborar una política exterior agresiva y coherente con los intereses vitales de la dictadura. Fue tanto el activismo internacional que durante todo el régimen se promulgarían 1152 decretos relacionados con el exterior contra 194 en los treinta años que le precedieron. Además, cualitativamente fue evidente el esfuerzo de nombrar en el servicio exterior a "Personas de alto nivel de calificación" como "Max Henríquez Ureña, Manuel Arturo Peña Batlle, Joaquín Balaguer y Virgilio Díaz Ordóñez, entre otros". (Ver, Mu-Kien Adriana Sang, "La Política Exterior Dominicana 1844-1961", Tomo III, pág. 15).

De 1961 a 1996 la política exterior dominicana volvería a reflejar nuestro atraso. Durante los gobiernos del doctor Balaguer y del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) la política exterior se caracterizaría por ser reactiva en lugar de pro-activa, es decir, nuestras autoridades sólo actuaban en reacción a contingencias internacionales o cuando los problemas planteados habían tocado fondo.

Por lo que con unas autoridades apáticas, con una cancillería sin planificación y sin recursos, y con un servicio exterior manejado por el clientelismo político era imposible desarrollar una política exterior competente acorde con los cambios que se operaban en el país y en el mundo.

La llegada al poder del doctor Leonel Fernández en 1996 produciría profundos cambios en la planificación y la conducción de nuestra política exterior. El acierto de nombrar como canciller al doctor Eduardo Latorre traería un nuevo estilo que transformaría la tradicional política apática y reactiva en una política exterior participativa, integracionista y pro-activa. El fin de la guerra fría, el proceso de globalización y el impacto de los cambios tecnológicos; unidos a las transformaciones económicas, sociales y políticas que se venían operando en el país favorecieron este cambio de tendencia. El hecho de que el Presidente de la República fuera un profundo conocedor del tema y el que pusiera en primer plano de su agenda el desarrollo de una nueva política exterior, fue determinante en el éxito internacional de este período de nuestra historia.

Lo primero que haría el nuevo Canciller sería dejar claro cuáles eran las reales funciones de la cancillería y del servicio exterior, esto es: 1) defender la soberanía de la nación, 2) fortalecer la democracia y los derechos humanos, 3) facilitar el comercio exterior, 4) promover la inversión extranjera, el turismo y la cooperación externa, 5) apoyar a los ciudadanos dominicanos en el exterior, 6) divulgar la cultura dominicana, y 7) servir de enlace con el mundo exterior. (Ver, Eduardo Latorre, "Los Viajes del Canciller", pag. 14).

Luego, a partir de las pautas trazadas por el Presidente Leonel Fernández en un discurso pronunciado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el 3 de octubre de 1996, el canciller pasó a conceptualizar la nueva política exterior, la cual fue planteada a partir de tres ejes fundamentales: Participación, Multilateralismo e Institucionalidad. Para el canciller Latorre, participación significaba romper el relativo aislamiento que padecíamos por décadas. Multilateralismo quería decir volver a unirnos al concierto de naciones para buscarle soluciones conjuntas a los problemas en el seno de los organismos multilaterales. Finalmente, institucionalidad significaba la creación de un nuevo marco legal para la política exterior, elaboración de un nuevo cuadro organizacional, introducción de la carrera diplomática y una nueva planta física con equipamiento moderno para la cancillería. (Ver, "La nueva Política Exterior Dominicana y Temas de Relaciones Internacionales", volumen II, págs. 104-111).

Estos tres objetivos no sólo eran una novedad en la planificación de la política exterior dominicana, sino que eran coherentes con una economía en pleno crecimiento y con los cambios estructurales que se debatían en los diferentes foros del país.

Carta testimonial a Eduardo Latorre

Por Vinicio Martín Cuello P.

Estimado Eduardo:

Me he enterado "de último" de tu quebranto de salud y por eso me apresuro en escribirte unas breves líneas. La nueva ha sido, por supuesto, ingrata. Para contrarrestar he elevado mis súplicas al buen Jesús, en pro de una ansiada mejoría de tu estado actual, confiando en que El todo lo puede... (Sé que estás librando una valiente lucha contra agudos padecimientos).

Aprovecho para expresarte algo que guardo en mi memoria desde los lejanos tiempos en que me tocó ser compromisario de tu rectoría en el INTEC, allá iniciándose los 80, cuando -bajo tu inspiración y siguiendo tu guía- "hilamos" la reforma curricular con el inagotable ovillo de las Ciencias, al tiempo de que se asentaban las bases de la expansión material de ese engendro especial de institución criolla de educación superior, del cual tú y el fraterno Toribio fueron pioneros e impulsores decisivos.

Te vi actuando entonces con plena conciencia de tu liderazgo. (Me ha tocado, a posteriori, analizar la indiscutida legitimidad de tu rectoría -con mandato renovado repetidamente-, tanto por su origen como por el brillante desempeño; fenómeno de rareza atendible en un país de Historia preñada de jefaturas de imposición o sobre la marcha deslegitimadas, en cualquier ámbito...). En efecto, ejerciste de líder con auténtico talante propio, pero sin exhibicionismo narcisista ni ínfulas de predestinado. Nunca te oí haciendo alardes ni fanfarronerías; aún subiéndote reconocido y distinguido con unánime beneplácito por "tirios y troyanos" de dentro y de afuera...

Me llamaba particularmente la atención tu singular manera de ejercer la autoridad, sin aplastar ni avasallar, no obstante haber tenido que emplear firmeza en la ejecución de decisiones difíciles. A todos nos constaba que primero tratabas de convencer con tu ejemplo de incansable laboriosidad, de radiante optimismo y de ostensible conciencia de responsabilidad social.

Supiste actuar en consonancia con tus proclamados principios de rectitud, de decencia, de genuina esperanza en las potencialidades de nuestra gente; lo que se traducía en sana intención y espontánea lealtad, en todos los terrenos y ante todos (hasta frente al adversario). Tales fueron algunas de tus improntas imborrables; es decir, algunas de los "sellos" característicos del académico quijotesco que fuiste, aún con el formidable cúmulo de tus logros, tangibles, inculcables y perennes. A propósito, recuerdo cuánto "soñabas" e idealizabas -¡Quijote al fin...!- respecto a lo que debía ser la Academia -así como el Estado, los dirigentes, la política, etc.- en nuestro terruño y en nuestros tiempos, a la luz de tu formación heterodoxa y de tus ricas experiencias de vida en medios más desarrollados que el nuestro.

Este es, en esencia, un testimonio sincero de quien una vez tuvo el gran orgullo de ser cercano colaborador tuyo; orgullo sólo equiparable al de seguir siendo tu admirador y amigo.

Nota: La carta reproducida aquí es la que dirigí a Eduardo Latorre, cuando supe de su enfermedad, hace casi tres meses. El la recibió de manos de su médico, el doctor Gustavo Rojas. Luego agradecería mis palabras con emoción, cuando nos encontramos a su salida de la Clínica Corazones Unidos. No le volví a ver. Hoy, con motivo de su deceso, he querido rendir tributo a su memoria, dando a conocer el contenido de esta misiva postrera, en donde doy testimonio de una importante faceta de la vida de este gran dominicano, que se nos ha ido a destiempo.

Responso por Eduardo Latorre

Por Uby Rivas

Con la desaparición física del doctor Eduardo Latorre pierde su familia el tronco de su origen y el país a un hombre excepcional, un educador fuera de serie, pero sobre todos sus atributos enaltecientes, que no fueron ni pequeños ni pocos, a un hombre verticalmente honesto en el accionar y en el decir.

Eduardo Latorre fue uno de esos especímenes humanos gratisimos a la memoria que para su referencia debe ser imperecedora, porque administró recursos ajenos con bruñida pulcritud y porque además todo cuanto expuso fue siempre surgido de una voluntad soldada con un deseo irrefrenable de obtener lo mejor para el país, no para sí, como estilan muchísimos.

Lamento no haber disfrutado de su amistad, de su acercamiento, que en una persona de mis inquietudes tempranas, cuando antes de los 20 años de edad ya era columnista de La Información de Santiago de los Caballeros, porque de haber sido así hubiésemos compartido verdaderas y fructíferas tenidas por los litorales del campo social, educativo, político y diplomático en los que él demostró ser un erudito.

No obstante no haber sido su amigo, las contadas veces que nos tropezamos sentí por este hombre que se ha ido a la relativamente breve vida de 62 años, una incontenible simpatía, pero siempre andando con prisa, nunca me atreví a decirle, como deseaba: "Eduardo, sentémonos un ratito para conversar un par de temas".

La última vez que nos tropezamos, siempre de prisa él, acompañado de su esposa Lina, a quien conocí desde niña en el Primer Santiago de América, coincidimos en la Clínica Corazones Unidos, y a sabiendas de que su salud

no era buena, sólo pude decirle: "Eduardo, cuídate".

Eduardo Latorre se desempeñó como un canciller estelar durante los cuatro años del gobierno anterior que presidió del doctor Leonel Fernández Reyna, y a él se atribuye sin regateos la planificación y el éxito de todos los viajes que realizó el talentoso mandatario, todos los cuales siempre apoyé, porque consiguieron insertar en las relaciones internacionales con provechos que podrán verse en un momento preciso, a nuestro país, y esa fue una gestión que "parió" Eduardo Latorre, teniendo un asistente estrella como lo fue el doctor Jesús María Hernández Sánchez, mi amigo de infancia.

Fue un canciller superbo, como lo fueron en su tiempo Manuel Arturo Peña Batlle, Virgilio Díaz Ordóñez, Julio Ortega Frier, Joaquín Balaguer, Emilio Ludovino Fernández Reyes, José Augusto Vega Imbert y Hugo Tolentino Dipp.

No era que Latorre fuese un rey Midas que todo lo que tocaba lo trocaba en oro, sino que a todos los puestos que desempeñó con inusual brillantez, aportaba el recurso valioso de sus conocimientos, de su capacidad de entrega a la causa que asumía, de la rectitud de su proceder, de su acrisolada honestidad intelectual y también a lo atinente a los dineros ajenos.

Yo anhelé decirle todo esto a Latorre algún día, pero las circunstancias no me lo permitieron, como también desearía expresarle a otros vivientes lo propio, pero me traba la inercia de no buscar a nadie, sino que aguardo que las circunstancias fluyan para trabar relaciones y afectos.

Ora como rector de Intec, ora como ejecutivo de la Fundación Dominicana de Desarrollo, ora como asesor de Punta Cana Resort, Latorre demostró la capacidad ilimitada que atesoró su saber, su gran deseo de aportar,

conectado con su bonhomía y su gran manera de lord.

Sus capacidades extrapolaron la geografía nacional y en las turbulencias que se arremolinaron en torno al candidato presidencial y hoy presidente del Perú, Francisco Toledo, Latorre fue escogido por la OEA para mediar en el impase.

Ese es el perfil apretado de un dominicano excepcional al que un terrible mal liquidó temprano; no así su impronta y su imperecedero legado a la sociedad dominicana. Paz a sus restos. Siempre viva a su memoria. Pesar a sus deudos.

Eduardo Latorre

Por Flavio Darío Espinal

La muerte de Eduardo Latorre representa una pérdida invaluable en la República Dominicana. Su partida dejará un gran vacío en la academia, la diplomacia, la sociedad civil, así como en los demás ámbitos en los que participaba como profesional, intelectual, figura pública o ciudadano común. Su seriedad y rigor profesional, su entereza y fortaleza moral, su bonhomía y cordialidad dominicana del cual sus familiares y amigos nos sentimos profundamente orgullosos.

Eduardo Latorre fue un verdadero titán de la educación superior dominicana, comenzando su carrera en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y siguiendo en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), siendo uno de los pilares sobre los cuales se levantó esta institución. Como cientista político hizo aportes significativos a través de numerosos libros, ensayos y artículos de prensa. Su obra “La Política Dominicana Contemporánea” es ya un clásico de las ciencias sociales dominicanas.

Eduardo hizo también importantes contribuciones al debate público, siendo un ferviente defensor de la democracia, el pluralismo y los derechos humanos. Creyó fuertemente en la sociedad civil desde donde hizo aportes de gran valor, ya fuera como rector de Intec, como director ejecutivo de la Fundación Dominicana de Desarrollo (FDD), como co-fundador y primer presidente de la Alianza ONGs, o como miembro activo de diferentes asociaciones de profesionales e intelectuales.

Él tuvo también una destacada carrera internacional. Fue secretario del Grupo de Países de América Latina y el Caribe Exportadores de Azúcar (GEPLACEA), desde donde desempeñó una reconocida labor. Como Canciller de la República durante el período 1996-2000 le tocó la

importante tarea de implementar la política exterior del gobierno del Dr. Leonel Fernández, la cual ha marcado un hito en la historia de las relaciones exteriores de la República Dominicana. Durante su gestión, el país salió del aislamiento internacional y pasó a ser reconocido como un actor relevante en Centroamérica y el Caribe, en el Grupo de Río, en los organismos internacionales y en una multiplicidad de ámbitos bilaterales y multilaterales.

Eduardo realizó su trabajo con modestia, disciplina y sentido del deber, lo cual contrasta con la grandilocuencia hueca y el exhibicionismo que caracteriza a muchos funcionarios públicos. Lina, su distinguida esposa, lo acompañó con sencillez y discreción, pero también con altura y dignidad. Con sus entrañables amigos casi hermanos- Rafael Toribio y Mu-Kien Sang hemos comentado que Eduardo es un ejemplo de que en nuestro país se puede ser alto funcionario del Estado sin incurrir en la corrupción y los excesos de poder que vemos con tanta frecuencia.

Al terminar su labor como Canciller, el secretario general de la OEA, César Gaviria, lo escogió como mediador en la crisis política del Perú, lo cual constituyó un reconocimiento a su persona y a la política exterior del Gobierno al cual sirvió. Tuve el privilegio de acompañarlo en sus conversaciones con el secretario general Gaviria previo a su partida a Lima y luego, acompañado de Monseñor Agripino Núñez Collado, me encontré con él en Perú, en el momento más difícil de la crisis peruana. En todo momento pude apreciar el aplomo y la entereza con que ejerció sus delicadas responsabilidades, lo que le mereció el reconocimiento de los sectores democráticos del Perú y de toda la comunidad interamericana.

EDUARDO LATORRE

Por Juan Mansfield

Pienso que fue en los finales de la década de los 40 cuando siendo apenas niños conocí a Eduardo Latorre. Era la época de los vecindarios y él vivía frente a mi casa. El vecindario, ubicado en un perímetro que se delimitaba en el sur por la Avenida Bolívar, en el este por la Julio Verne, en el oeste por la Doctor Delgado y el norte por la Moisés García, era una especie de institución que cuidaba celosamente a sus miembros. Así vivíamos dentro de una especie de fortaleza que impedía a extraños andar por los alrededores so pena de ser expulsados por los muchachos del barrio. Los padres de cada uno se encargaban de vigilarnos a todos. Salíamos a la calle y andábamos cuadras y cuadras dentro de nuestro territorio pero siempre bajo mirada de los adultos. Jugábamos a la pelota, al topao, escondidas, etc. Pero nunca hubo un accidente mayor salvo una trompada de vez en cuando que al final lo que lograba era solidificar aún más las relaciones de amistad.

Como bien me dijera una vez Eduardo, “era una época sana y rica en experiencias”.

Desde que recuerdo, Eduardo no aceptaba las cosas como tal sino que analizaba a fondo y debatía con sólidos argumentos los puntos que defendía. Cuestionaba todo y no aceptaba los dogmas así porque así. Era capaz de discutir sus puntos hasta el cansancio. Hicimos una sólida amistad junto a otros compañeros que en la vida hemos continuado los lazos de aprecio aunque a veces distantes por los flujos y reflujos de la cotidianidad. Tengo aún fresco en mi mente cuando Eduardo se fue a Blair Academy, en los Estados Unidos, a estudiar su bachillerato. Fue el primero del grupo que viajó a estudiar al exterior. Manteníamos todos con él un intercambio epistolar donde nos enterábamos de cómo eran las escuelas en los Estados Unidos sus actividades, cuáles deportes jugaban y en fin todas las curiosidades de adolescentes.

Con la capacidad de comunicación que siempre mantuvo, Eduardo nos mostraba, en sus cartas y en sus visitas al país para las vacaciones de verano e invierno, un mundo nuevo para los que por algún motivo, económico o político, no habíamos viajado al exterior. Cuando empezaron las inquietudes políticas de finales de los 50 con Eduardo y un grupo reducido del vecindario debatíamos ideas, sueños y noticias. Siempre cuidábamos la entrada a este minúsculo grupo porque eran momentos donde cualquier soplo producía desgracias.

Con el tiempo prácticamente todos los amigos del vecindario logramos salir de la isla a estudiar o simplemente a conocer el mundo. Al regresar nos volvimos a encontrar en espacios diferentes. Eramos ya adultos, algunos con novias, otros casados pero en el fondo manteníamos el mismo cariño del antiguo vecindario. La subcultura desarrollada por tantos años de amistad se mantenía y se mantiene intacta.

Siendo ya doctor de las ciencias políticas, Eduardo mantuvo el contacto con cada amigo en todo momento. De vez en cuando llamaba para preguntar cómo iban las cosas y procuraba mantener los lazos afectivos. El pasado 28 de Abril pudimos reunirnos en su casa algunos de los viejos amigos. Sostuvimos una larga conversación sobre la familia, y vivencias en general. Siempre eran interesantes sus agudas interpretaciones del entorno económico y social del país. En esta visita nos informó que saldría próximamente para los Estados Unidos. Al irme, me despidió en la puerta de su apartamento y convenimos en volver a reunirnos a su regreso. Ayer un amigo me llamó para informarme que Eduardo había fallecido. Como reflexión final, deseo recordar su capacidad de dirección y de organización sobre todo el atributo de una comunidad tan salpicada por las malas prácticas. En momentos en que nuestro país atraviesa por dificultades en su desempeño, y múltiples voces claman por que sus más idóneos representantes lo guíen por el camino adecuado, personas como Eduardo Latorre harán falta. El profesional ido a destiempo debe servir de ejemplo

nacional como servidor público inmaculado y capaz. Un individuo que sin ruidos y alardes realizó entre otras importantes funciones, una brillante labor como Canciller de la República y más tarde como secretario permanente de la misión especial de la Organización de Estados Americanos para el fortalecimiento de las instituciones democráticas en Perú a raíz de la salida de Alberto Fujimori.

Hoy con pena del alma nos despedimos del amigo y nos unimos al dolor de su madre doña Norma, de su esposa Lina y de sus hijos Eduardo, Lina Isabel, Ximena y Gabriela.

Adiós Don Eduardo

Por Alejandro Herrera Catalino

Eduardo Latorre, ese extraordinario ciudadano con positiva hoja de servicio público y privado, ha muerto, dejando gran pesar e inspiración en todo aquel que le conoció para promover, aun sea en unas pocas cuartillas, la valía de ese discreto pero trascendente hombre de bien.

Estudioso, intelectual, gerente diplomático, académico y conservacionista de la naturaleza, Eduardo Latorre ha dejado en mí una inolvidable impresión desde cuando me desempeñaba como director ejecutivo de la Fundación Ecológica Punta Cana y él era destacado y activo miembro del consejo de dirección de esa institución dedicada a prestar servicios sociales y a conservar los recursos naturales de la región Este del país, con su receptividad e interés por las actividades que ejecutábamos para ver como podría cooperar o como ofrecer nuevas ideas.

Esas y muchas otras positivas aptitudes de Don Eduardo dejaron en mí un buen ejemplo sobre el trabajo voluntario y lo que debe ser un modelo de servidor voluntario quien no solo debe interesarse en los trabajos existentes sino en nuevos compromisos.

La última vez que conversé con Don Eduardo fue a principio de año en la explanada del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), de donde fue uno de sus fundadores, rector, profesor, charlista, en fin un permanente colaborador, y al saludarle le pregunté acerca de un libro que anteriormente me había comentado que estaba escribiendo sobre relaciones internacionales y sus experiencias en este campo, y al despedirnos me dijo, "Alejandro, espero ponerlo a circular pronto".

No sé a que nivel Don Eduardo habrá dejado ese libro y de seguro muchas otras publicaciones, pero lo cierto es que en el momento que así lo determinen sus familiares, estos aportes deberán constituir un valioso legado final de un incansable educador dominicano. Adiós Don Eduardo.

Rindo testimonio sobre Eduardo Latorre

Por Juan Bolívar Díaz

No sé si deba criticarle por haberse marchado tan temprano. Sobre todo en las actuales circunstancias nacionales, cuando estamos conteniendo rabias y padeciendo desesperanzas.

Es obvio que no puedo aprobarlo, aunque también sería una grave injusticia que me diera por ofendido, puesto que soy testigo de que luchó por la vida hasta las últimas consecuencias, enfrentando una enfermedad que lo fue consumiendo clandestinamente, sin que ni en los centros de salud norteamericanos pudieran identificarla a tiempo.

La última vez que nos juntamos, a fines de mayo donde Wenceslao, lo encontramos desmejorado, pero por igual firme participante de esas tertulias mensuales en las que estuvo inscrito desde la fundación de Los Parlanchines, allá por “los años difíciles” de 1977. Lo veíamos decaer, pero nadie pensó que se marcharía antes del encuentro de este 23 de junio.

Teníamos ya demasiado penas y desencantos como para que la muerte cruel nos privara en estos días de la compañía de Eduardo Latorre Rodríguez. No sólo por haberse llevado al compañero, sino también al hombre de familia, al ciudadano, al servidor público, al intelectual, a una persona útil, auténtica en tantas expresiones de la vida.

Lo traté justamente durante tres décadas, a partir de la fundación del Instituto Tecnológico de Santo Domingo y luego lo acompañé en su Consejo de Regentes, cuando era Rector, entre 1978 y 1984, por lo que soy testigo de todo lo que significó para la identificación, afianzamiento y crecimiento de esa prestigiosa universidad.

Era vigoroso y firme en sus posiciones, hasta el punto de que algunos lo consideraban autoritario. Desde la perspectiva izquierdosa en que algunos nos situábamos, él aparecía como “conservador”. Fue siempre prudente y ponderado, a veces se acercaba al conservadurismo.

Con el soberbio atrevimiento de aquellos años, en ocasiones lo enfrenté. Sin el menor esfuerzo por contener mi reconocida vehemencia. Pero muchas veces más me rendí ante su perseverancia y firmeza, ante su capacidad e integridad.

Una de las cosas que aprendí de Eduardo es que se puede ser dirigente y líder y crecer en esas dimensiones respetando la diversidad, sin intentar perpetuarse, promoviendo diversidad y alternabilidad. En diálogo y debate plural, de lo que disfrutaba. Por eso sólo los compromisos internacionales lo apartaban de Los Parlanchines.

Casi siempre fue de los primeros, y durante años también de los últimos que nos íbamos. Discutiendo hasta la madrugada sobre las formas en que podríamos impulsar los cambios en nuestra nación, sobre la ampliación de la democracia y el mejoramiento de la función política y administrativa.

Lo mejor es que Eduardo Latorre no era un simple teórico que iba a las reuniones a desahogarse. Era tremendamente consecuente. Lo vimos manejarse con eficiencia en el mundo académico como en la administración pública.

Pasó unos 4 años al frente del secretariado general de Geplacea, el Grupo de Países Productores y Exportadores de Azúcar, con asiento en México, donde dejó su impronta como funcionario digno, honesto a toda prueba, que buscaba servir y jamás gastaba tiempo en afanes para acumular fortuna.

Cuando el presidente Leonel Fernández lo escogió para dirigir la secretaría de Relaciones Exteriores, todos lo celebramos, puesto que estábamos

conscientes de la necesidad que tenía ese ámbito gubernamental de un ejecutivo de sus capacidades. Y los cambios no se hicieron esperar, elevando la dignidad nacional en el ámbito internacional.

Me consta que la política no le permitió hacer todo lo que hubiese querido, pero él sintió que aún así estaba haciendo cosas positivas por el país, sin importarle que tenía menos ingresos que en otras posiciones y sin tratar de buscar compensaciones personales.

Cuando comenzó su gestión tuve que defenderlo de las embestidas de quienes lo señalaban como “perredeísta disfrazado”. Al final, contra quienes lo acusaban de “peledeísta contumaz”.

No fue una ni otra cosa. Luchó contra los traumas electorales, desde los años setenta, pero especialmente contra el de 1994, de lo que doy testimonio. Pero sirvió lealmente al gobierno que le permitió canalizar parte de sus energías.

Se entregó hasta la saciedad y quedó con tanto prestigio internacional que la Organización de Estados Americanos le encomendó dirigir la mesa del diálogo que buscó salidas a la crisis política que provocó el desmesurado continuismo y la corrupción de Alberto Fujimori en Perú.

Eduardo Latorre fue demasiado bueno, honesto y eficaz para tan poco tiempo. Firmemente coherente, pero lamentablemente una estrella fugaz en la función pública. Persistente concurrente al análisis político en los diarios y la televisión.

Por esas y muchas otras razones nos duele tanto esta partida en momentos en que precisamos de alientos para proseguir la lucha por un país mejor, más civilizado, más aproximado a los valores que representó Eduardo Latorre Rodríguez.

EDUARDO LATORRE RODRÍGUEZ

Por Jeanne Marión-Landais

Leo la noticias, editoriales e informaciones sobre la maravillosa hoja de servicios de Eduardo Latorre Rodríguez y reconozco la pertinencia de las mismas. Es cierto que él tuvo una de servicio ejemplar, donde se destacaron importantes logros para el país. Sin embargo, a pesar del orgullo y satisfacción con esas informaciones, quiero completarlas con varias anécdotas que dan cuenta de algunas de la cualidades de honestidad, integridad y sencillez que destacará su hijo, Eduardo Latorre Leets, en su despedida final.

Tío Lalo tuvo miles de anécdotas de rectitud, de entereza, de respecto por el otro. Fue un hombre de conflictos directos y puntuales, nada de resentimientos ni de pelear por nimiedades. En lo personal, como en lo profesional, mantuvo una actitud centrada en soluciones y en seguir hacia delante. Diez años después de haber sido rector de Intec, una ex colaboradora de él le dijo: “El me enseñaba poner a disposición de los demás lo que yo tenía y sin dejarlo de lado. El lo decía para los archivos, pero eso se refería a todo”. Y años después, en la Cancillería, tal vez haya sido una casualidad, pero pudo hacer lo mismo con los archivos de esa institución.

Otra anécdota, esta me la contó Ginny Taulé, en ese entonces Secretaria General de la Comisión Nacional Dominicana para la UNESCO: Bajo su gestión, en el año noventa y siete se reconoció la deuda que el país tenía con este organismo internacional. Al hacer la entrega de un cuantioso cheque que cubría parte del pago de este renglón, él le dijo con cara simpática y ánimo amistoso: Hailú, representante local de la UNESCO: “Sonría para la foto, que eso es mucho dinero y nos cuesta esfuerzo”.

Hace muchos años, en un evento en que era maestra de ceremonias y él

conferencista, le llevé las preguntas formuladas en papel por los asistentes. El leyó un papelito que contenía una sugerencia totalmente absurda e inmediatamente lo desechó. Seis segundos después lo retomó y me dijo que se veía feo eso de desestimar una pregunta, aún cuando los demás interlocutores no fuesen capaces de identificar a quién iba dirigido el rechazo.

También lo vi ser un hombre inteligente, cariñoso, positivo, disciplinado, observador, hasta el último minuto de su vida ser un familiar excepcional: visitar a su sobrina recién parida dos semanas antes de él morir, oírlos aceptar con elegancia y cariño los relajos de que él era el nieto consentido de su abuelo, sentirlo admirar la belleza y fuerza de su esposa, Lina Arzeno. Fue un hombre realmente excepcional y el mundo, aunque continúa manteniendo maravillas, tiene una menos. Ojalá estemos a la altura de seguir aportando en su misma medida.

EDUARDO LATORRE

Por Guillermo Piña Contreras

Conocí personalmente a Eduardo Latorre unos días después de haber sido designado por el presidente Leonel Fernández como embajador de la República de Francia. A pesar de los lazos familiares que nos unían sólo había oído de él los comentarios, casi mitológicos, que circulan en las familias cuando uno de sus miembros se destaca. En esa primera reunión hablamos de lo que él, como canciller, esperaba de nosotros en nuestras respectivas misiones sin que se tocara el tema de la familia aunque tanto él como yo sabíamos que su madre y mi padre, además de parientes, habían sido condiscípulos y se trataban.

Todavía hoy conservo intacta la impresión de esa reunión: íbamos a trabajar con un canciller sin filiación partidista, cuyo interés era lo que se iba a hacer con un servicio exterior que desde había mucho tiempo no le interesaba al Gobierno y se había convertido en una suerte de vacaciones pagadas para los jefes de misiones y en becas de estudio para muchos de los que ocupaban los demás cargos en la embajadas. Eduardo Latorre tenía otro proyecto: incluir, según la política exterior del presidente Fernández, a la República Dominicana en el concierto de las naciones y de que ya no tuviéramos la fama de ser “el secreto mejor guardado del Caribe”. Eduardo Latorre, como el entonces presidente de la República, tenía un proyecto de la República Dominicana y de los resultados de su gestión hasta la virulenta, tenaz y persistente oposición que tuvo el presidente Fernández durante su mandato, tenía elogios para el servicio exterior.

Eduardo Latorre no era el político que abunda en nuestro país. Su política era la eficacia que le había proporcionado su experiencia administrativa. En la cancillería todos los embajadores, hasta los que le habían conocido y tratado antes de entrar en el servicio exterior, sabíamos que con él

tratábamos únicamente los asuntos de importancia. Para los problemas cotidianos estaban los subsecretarios Guido d'Alessandro y Minou Tavárez Mirabal, quienes respondían a todas las inquietudes y problemas de tipo administrativos que enfrentábamos a diario en nuestras embajadas respectivas. Como el canciller, sólo cuando era absolutamente necesario, pero sabíamos que estaba al corriente de lo que pasaba y que lo que hacían Minou Tavárez, a quién llamábamos el hada madrina, y Yuyo d'Alessandro tenía el respaldo de Latorre, porque, como buen ejecutivo, sabía delegar.

Eduardo Latorre, durante su misión, estuvo en París unas cinco veces. Organizamos juntos la primera visita oficial de un presidente dominicano a Francia (1999), el encuentro de jefes de Estado en Guadalupe en marzo de 2000 y participamos en múltiples reuniones con la diplomacia francesa cuyos resultados siguen hoy su camino. De la cancillería de Eduardo Latorre queda una bibliografía importante, porque creía en la letra impresa. Durante el período 1996-2000, la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores realizó una política digna de los países con larga tradición diplomática, como lo demuestra el rescate de obras históricas y actuales de la política exterior dominicana sin la más mínima intención de denostar las administraciones anteriores.

Después que salimos de la Cancillería en agosto de 2000, Eduardo Latorre no se defendió nunca de lo que la nueva administración decía de la saliente. Publicó *Los viajes del canciller* y se mantuvo, con el rigor que había adquirido durante sus años de estudio en Estados Unidos, narrando sus viajes al exterior que era lo mismo que contar la política foránea y creía en la República Dominicana.

EDUARDO LATORRE: TÍO ENTRAÑABLE

Por Ramón Antonio Piantini Guzmán

Me debatía ante la necesidad de expresar públicamente mi pesar por la partida de un amigo muy especial, más bien un hermano, no por vínculos de sangre, pero, sí un hermano que mutuamente nos seleccionamos para acompañarnos, ayudarnos y ser verdaderos confidentes; me refiero a Eduardo Latorre. Los artículos publicados sobre él tienen una factura común: honestidad, integridad, capacidad y una vida ejemplar. Por mi parte, no pretendo testimoniar lo que fue su trayectoria profesional y mucho menos evaluar su papel en las encumbradas posiciones que desempeñó. Sólo pretendo dejar las constancias de lo importante que fue para mí y para mi familia.

No recuerdo en qué año conocí a Eduardo, pero sí, cuando surgió la amistad: en octubre del 1975, coincidimos en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, para participar en un curso del Instituto para la Integración de América Latina (INTAL). Nos encontramos al momento de registrarnos en el evento, nos saludamos como acostumbramos los dominicanos en el extranjero: es decir como “íntimos”. Surgió la empatía y sin mucho pensarlo decidió cambiarse al hotel donde me hospedaba con Ivelisse, mi esposa, y llamar por teléfono a Santo Domingo para pedirle a Lina que se uniera a nosotros, así lo hizo y resultó ser una vivencia maravillosa que nos dejó a los cuatro el deseo de repetirla.

Así se inició una experiencia de cariño fraternal cada vez más sólida, que ha perdurado hasta la fecha sin haber sufrido el más leve enfriamiento. Las parejas nos unimos cada vez más, y nuestros hijos por igual, por ello, me fue muy familiar al leer el artículo de Mu kien Sang Ben, cuando refiere: “tío Eduardo”, pues al igual que en su casa, así lo llamaban mis hijos. Verdaderamente, Eduardo era el prototipo del tío: consejero, solidario, orientador, recto y siempre presente.

En su lecho del hospital, Dios permitió que conversara por teléfono con Eduardo del día domingo, es decir horas antes de dejarnos, tenía mucha dificultad para comunicarse, pero estaba tranquilo y esperanzado. Para los que confiamos en la Palabra, creemos en fe que existe la vida eterna y nos llena de júbilo saber que esa tranquilidad y esa esperanza del Tío Eduardo era la confirmación del amor que el Señor siempre le mostró y que hoy disfruta de su dulce compañía. El Padre respondió a todas las peticiones particulares y comunitarias. Aprovecho de corazón para agradecer a mi grupo de oración de la casa de renovación por todas las oraciones y la Sagrada Eucaristía celebrada en intención de su alma.

Para Nini y Oma, para mis sobrinas Bechy, mena y Gaby todo el cariño y soporte que tía Ive y yo podemos proporcionarles, a Eduardito y a Cristian (quien fuera como un hijo), para su nietecita Andrea, para Jochy y para todos los que la vida nos colocó en el entorno de Eduardo Latorre Rodríguez, qué orgullosos estamos de haber estado cerca de un ser tan único.

Hermano: descansa en paz en brazos de Jesús Misericordioso.

A Eduardo Latorre

Por Francisco Domínguez Brito

No era de mi generación, lo conocí como consecuencia del ejercicio de las funciones públicas. Gran y extraordinario Canciller, servidor público decente. El tiempo y el trato alimentaron cada día mi respeto hacia él. La última vez que pudimos compartir fue en una cena en casa de Servio Tulio Castaño. Sus palabras siempre fueron reflejo de lo que él era, manifestación de su personalidad.

Habló del país, de la necesidad de superar nuestros problemas, de la unidad de los sectores para salir a flote. No habló de ética directamente, tampoco condeno a nadie de manera particular, tampoco tenía que hacerlo. Cada gesto y cada mirada reflejaban esa transparencia y por sí misma era la mayor y más seria de las denuncias a lo mal hecho, a lo incorrecto y a lo inmoral. Lo disfrutamos todos, como lo más exquisito, como lo más digno con quien pudiéramos compartir.

Ahora que uno ve parte, no nos queda más que pedirle que no nos deje, que siempre lo necesitaremos. Ya talvez, sin sus palabras, pero sí con su ejemplo. En este momento que vemos las cosas difíciles, su sentido común y racionalidad son indispensables. En una sociedad donde se pierde cada día el sentido de la responsabilidad y el amor al trabajo, es cuando más lo necesitamos. Su partida duele porque era diferente a lo que vemos siempre; él era eficiente, porque hacía las cosas bien, porque era un orgullo para todos los dominicanos. Nos dejó muchas huellas, construyó de manera intensa, hizo tanto y mucho por el país en una vida corta. Talvez Dios pensó que se había pasado de la raya y que era suficiente y le dijo ven. Como gran maestro que fue, sus enseñanzas no quedan en el olvido. Es talvez ése el reto que nos deja, no sólo sus obras, sino el desafío de que las cosas se pueden hacer correctamente, si tenemos voluntad y coraje. De que hay que saber decir que no cuando no se puede y comprometerse cuando las circunstancias lo requieran.

Probablemente somos nosotros los equivocados y no Dios, pero es hora cuando más lo necesitamos. El día de la noticia de su muerte, Minú nos decía que la palabra que lo definía era "íntegro". Y es verdad, fue íntegro en todo, en su trabajo, en su profesión, en la universidad, en la familia. Ser íntegro es vivir en la verdad, y don Eduardo vivirá siempre en ella.

EDUARDO LATORRE

Señor Director:

Este hombre que se nos ha ido, realmente a destiempo, no dio todos los frutos para lo cual se preparó. Cada vez que leemos su currículo académico, podríamos preguntarnos el porqué de su escasa figuración en la sociedad en la que vivió.

Los que lo conocimos en su justa dimensión, tenemos una respuesta. Su innegociable posición de principio que lo llevó a nunca estar sujeto a compromisos por provecho personal.

Los que lo conocimos como amigo desde 1970, podríamos afirmar que era un gran amigo, y que era tal su firmeza de principios y respeto a sí mismo, que hasta la amistad la podía subordinar al cumplimiento de su deber, sus principios y sus ideales.

Recuerdo sus primeras tentativas de cumplir con la generación que le tocó vivir, cuando en época de estudiante y profesor participó activamente en movimientos progresistas y adelantos a su tiempo. En esos momentos gestaba un nombre que sería clave en el desarrollo institucional académico del país.

Fue un hombre útil a su país, cuando decidió con ahínco no solo fundar INTEC, sino consolidarlo y definir la calidad de la enseñanza de este centro de estudios que pocos conocemos como propia obra, porque nunca alardeaba de su capacidad académica y experiencia y mucho menos de sus logros y contribuciones a favor de los demás.

Fue una gran valentía soñar con un instituto de postgrado en la República Dominicana en la década de 1970. Fue un sueño que hizo realidad buscando la gente capaz y recursos financieros para llevar a cabo una obra tan grande como INTEC.

Fue útil a su país, cuando contribuyó e hizo que la Fundación Dominicana de Desarrollo tuviera una actuación reconocida por la sociedad, sin que Eduardito buscara brillar él sino que la Fundación se creciera con el reconocimiento institucional de que se hizo merecedora mientras estuvo Eduardo en su alta dirección.

En el plano institucional, incursionó como director de Geplacea en México, defendió los derechos de los países exportadores de azúcar, campo en el cual era un verdadero experto. Fue útil a todos los países.

Más recientemente, como Canciller de la República, podemos dar testimonio de que sus posiciones fueron firmes institucionalmente, pero nuevamente discretas en cuanto a la búsqueda de reconocimiento, porque llegó a esa posición, cuando se le reconoce a través de sus escritos, su posición sobre la necesidad de la apertura del país hacia el mundo.

Con el paso del tiempo, difícil va a ser recordar que con esa característica llegó a Canciller comprometido con su país y que la coincidencia de sus ideas lo llevó a ser el eje de una política exterior exitosa, que llevó a los demás países del mundo a reconocer claramente que se había inaugurado una nueva política y o visión que hoy se tiene de esta nación, fueron las designaciones internacionales que recibió Eduardo para mediar en conflictos importantes entre países o intrapaíses.

Estas son las palabras que lo harías sonrojar, pero le pasaba cada vez que alguno de sus amigos nos atrevíamos a ofender su humildad con reconocimientos. Son mis últimas palabras, para un gran dominicano que nunca me dejó decírselas.

Paz a sus restos, pero no olvidemos su ejemplo de servidor del país y del mundo sin olvidarse de actuar como un hombre bueno y sencillo.

Atentamente,

PABLO E. LINARES

MI PRIMO EDUARDO

POR: FRANK R. RAINIERI

No recuerdo cuando conocí a Eduardo Latorre, pues desde que tengo uso de razón recuerdo, como parte de mi infancia, la personalidad de Eduardito. Vivíamos en el mismo barrio a solo tres casas uno del otro, él con sus abuelos Max Rodríguez (Sotica) y Josefina Marra y su mamá Norma quien era prima de mi mamá. Nuestro trato fue siempre de primos; juntos pasábamos los veranos en San Juan de la Maguana, donde él, mayor que mi hermano Fernando y yo, nos guiaba en los andares pueblerinos. No olvido nuestras visitas al río San Juan y los baños de río en el Tocón o en el río Ginova, tampoco cuando con el tío Tirso Rodríguez, dueño de la farmacia más importante el pueblo, subimos la montaña mas alta al sur del valle de San Juan, en una excursión de dos días.

Desde joven, Eduardo demostró un sentido de madurez que permitía que mis padres, siendo yo muy pequeño, me dejaran ir al cine Olimpia con él. Ese sentido de madurez también lo demostró cuando, terminando la secundaria en Blair Academy de Estados Unidos de América, me aconsejaba sobre mi próximo viaje a estudiar también en ese mismo país, y su importancia.

Graduado de tres de las mejores universidades de los Estados Unidos y contando con un doctorado de la universidad de Columbia, no titubeó en regresar al país cuando le ofrecieron venir de catedrático en la recién formada Universidad Católica Madre y Maestra e irse a vivir a Santiago de los Caballeros. Desde un principio, sus compromisos de vida eran con su familia y con servirle al país desde cualquier área en que se le necesitase. Desde esa misma universidad, formó parte del equipo que realizó el estudio sobre el impacto social de Falconbridge en Bonao.

Años más tarde, al no estar de acuerdo con algunas políticas de la universidad, decidió renunciar calladamente y con un grupo de profesores tomar la decisión de crear el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, hoy mejor conocido como Intec. No olvido las múltiples ocasiones en que, por Intec en sus inicios y localizado en las aulas del Colegio de la Salle en la avenida Bolívar, y por vivir mis padres al frente de este colegio, me encontraba de noche con Eduardito saliendo de las clases y con ese optimismo cauteloso que tenía, me hablaba de la necesidad de esa institución y su futuro, no como un negocio ni como una institución masiva, sino de élite intelectual que ayudase al desarrollo nacional. Ese estilo de vida se lo imprimió al Intec, donde el protagonismo nunca ha sido parte del estilo ni tampoco el lucro personal. Poco tiempo después, conoció a Lina, la que sería su esposa y que era nuestra vecina. No olvido cuando doña Isa expresaba su preocupación, pues Eduardo era divorciado y en esa época eso era mal visto. Mi madre le dijo: "Isa, Eduardo será divorciado, pero es oro molido!!!". Sí, así pensaban todos los mayores que le conocían.

Más tarde trabajó como asesor del secretario de finanzas, Fernando Álvarez Bogaert, de quien era amigo desde la universidad, a pesar de sus diferencias en principios políticos. Nunca actuó en contra de sus principios ni acató algo en lo que no creyese. El secretario, aún años después lo mencionaba como uno de los hombres más serio y capacitado con quien había trabajado. Buscando ampliar sus conocimientos se fue unos años a México como director ejecutivo de Geplacea y a su regreso al país, dirigió la Fundación Dominicana de Desarrollo.

A fines de 1988, vista la situación política que vivíamos en el país, un pequeño grupo de amigos decidimos crear un movimiento político apartidista (MODERNO) que luchase por cambios importantes en la sociedad dominicana en los aspectos de educación, salud, justicia, etc. No titubeé un segundo y llamé a Eduardo para invitarlo a integrarse a MODERNO, conformado por un grupo muy heterogéneo, Eduardo fue siempre un ente de moderación ante las frecuentes discusiones que suscitaban. Hace un tiempo, hablamos de reunirnos nuevamente todos en Punta Cana para analizar cuántas metas se habían logrado. De la que más

orgullosos nos sentíamos era de la independencia de la Suprema Corte de Justicia y de gran parte del sistema judicial.

En 1990 creamos la Fundación Ecológica Punta Cana en interés de preservar y estudiar el medio ambiente y una vez más apelé al “primo” para que se incorporara a la junta de directores de esta institución sin fines de lucro. En ella participó hasta que su salud se lo permitió.

Cuando fue canciller, pude participar en múltiples eventos que la Cancillería organizó, inclusive, la reunión de presidentes de Centroamérica que celebró en nuestro hotel, a petición de los presidentes. En todos estos eventos, a pesar de las circunstancias, seguía siendo el mismo Eduardito que conocí de niño: serio, humano, y sobre todo sincero. Con él también viajé a una cumbre de Presidentes, invitado por el presidente Arzu de Guatemala y pude constatar el respeto que le tenían, no sólo cuando era anfitrión sino cuando llegaba a cualquier lugar.

Mientras me encontraba en el exterior, me enteré de que Eduardo se nos había ido. No lo podía creer y por mi mente pasó la pregunta que siempre brota, por qué Eduardo cuando hay tanta gente mala en el mundo.... Más tarde, ya más calmado, recordé que Dios había sido generoso con nosotros. Eduardo había tenido una enfermedad similar hace unos treinta años, sin embargo, Dios nos permitió disfrutar de él. Le permitió a él, que pudiese tener junto a Lina su familia y llenar la vida de esperanza a muchas personas a través de su trabajo en las diferentes instituciones.

Lamentablemente, no lo pude acompañar a su última morada. Ese día, el país perdió a un ser humano con condiciones morales y éticas extraordinarias, en un momento en que nuestra sociedad da muestras de una degradación increíble; ¡lo perdimos cuando más necesitamos muchos Eduardo Latorre! Con resignación aceptamos este golpe de la vida, a Normita, su madre, y a Lina sólo nos resta decirle que Eduardo dejó muchos hermanos en todos los sectores y grupos de la sociedad dominicana. A sus hijos, que puedan caminar con la frente en alto, pues tuvieron un padre ejemplar y un ciudadano digno de imitar.

Este libro se terminó de imprimir
en octubre del año 2003
en los talleres gráficos de Idegraf, S. A.,
Calle María Montes #28, Santo Domingo, R. D.
Teléfono: 684-7249
La edición consta de 500 ejemplares
